

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/328063913>

# Prehistoria en Chile cap 9

Chapter · October 2018

CITATIONS

0

READS

1,601

4 authors, including:



**Leonor Adán**

Universidad Austral de Chile

84 PUBLICATIONS 742 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



**C. Rodrigo Mera**

Arqueología del Sur

67 PUBLICATIONS 460 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)



**Roberto Campbell**

Pontificia Universidad Católica de Chile

44 PUBLICATIONS 177 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Primeros asentamientos urbanos en el estrecho de Magallanes: evaluación arqueológica y geofísica de Rey Don Felipe (Puerto del Hambre). Fondart Regional Folio No. 488221. [View project](#)



La función de Vinculación o Tercera Misión en el contexto de la Educación Superior chilena. Una mirada diagnóstica y propuestas para el fortalecimiento de los sistemas de seguimiento y valoración. [View project](#)

## CAPÍTULO IX

### Historia prehispánica en la región Centro-Sur de Chile: Cazadores-recolectores holocénicos y comunidades alfareras (ca. 10.000 años a.C. a 1.550 años d.C.)

LEONOR ADÁN, RODRIGO MERA, XIMENA NAVARRO, ROBERTO CAMPBELL,  
DANIEL QUIROZ Y MARCO SÁNCHEZ

Desde la síntesis que publicara Aldunate a fines de la década de los años 1980, el desarrollo de la investigación arqueológica en la región Centro-Sur de Chile ha tenido avances significativos, fruto tanto del trabajo de diversos equipos de investigadores, como de énfasis regionales y enfoques teórico-metodológicos. Tal ejercicio disciplinario ha ocurrido en un contexto más amplio en que destacan acercamientos interdisciplinarios, un mayor volumen de sitios sondeados y excavados, la aplicación de análisis arqueométricos, así como una reorientación hacia la superación de las fronteras nacionales, regionales y cronológicas que distinguían los desarrollos “prehistóricos” de la historia colonial temprana, temática especialmente relevante en el área de estudio que tratamos, conocida tradicionalmente como mapuche y ocupada por la República e incluida al territorio nacional hace solo 120 años.

Probablemente, una de las características significativas en el desarrollo de la arqueología de los últimos dos decenios ha sido la necesidad de vincular los resultados de investigación en relación con requerimientos patrimoniales, ambientales, turísticos, educativos e identitarios. Es en esta convergencia donde tiene lugar la proliferación de estudios arqueológicos, sustentados en los estudios precedentes, discutiéndolos y enriqueciéndolos, como daremos cuenta a continuación.

#### 1. Para una historiografía de la investigación arqueológica regional

Esta vocación por entender el lugar desde el que se ha desarrollado la práctica arqueológica regional fue bien atendida por Aldunate<sup>1</sup>, quien sistematiza un conjunto de fuentes primarias y secundarias fundadoras del conocimiento de la sociedad araucana o mapuche.

Tradicionalmente se sitúa en *Los Aborígenes de Chile*, del célebre historiador José Toribio Medina, los orígenes de la preocupación histórica y arqueológica por los pueblos originarios. El texto de Medina<sup>2</sup> es fundacional por esta preocupación de vincular el pasado prehispánico con los desarrollos del periodo histórico y también por el tratamiento de diversas temáticas que aún hoy continúan siendo estudiadas. La fecha de publicación es también relevante, ocurre en 1882 en plena fase final de la ocupación chilena de la Araucanía, lo cual evidencia la preocupación nacional por “integrar” aunque fuera de manera forzosa a los nuevos connacionales. Por la misma época comenzaba la publicación de la *Historia General* de Diego Barros Arana, que integra una primera sección referida a Los Indígenas. Tal como en Medina, se establece una unidad racial de los indios de Chile sobre la base de la existencia de una lengua

\* Sobre el uso de fechas véase nota 41.

<sup>1</sup> Aldunate 1989.

<sup>2</sup> Medina 1882.

común<sup>3</sup>. Se fijan ideas evolucionistas sobre el bajo nivel de desarrollo de las sociedades nativas y la responsabilidad de los incas en la introducción de sus adelantos.

En las primeras décadas del siglo XX los estudios de Ricardo A. Latcham vienen a actualizar la temática del papel civilizador incaico, discutiéndolo y sugiriendo, en cambio, la existencia de significativos desarrollos locales<sup>4</sup>. Su tesis sobre el origen de los mapuche como resultado de la mezcla de los invasores *moluche* transandinos con las poblaciones locales adquirió innegable fama y dispersión, como puede verse hasta hoy en diversos textos escolares. Es de notar que esta idea refutada por todas las nuevas investigaciones permitió justificar la ocupación republicana de este territorio, toda vez que la historia del territorio se entendía como el resultado de una sucesión de invasiones y mezclas de culturas, donde solo venía a agregarse una más. Ya en 1959-60 Menghin se ocupa de echar por tierra tales postulados aduciendo la escasez, parcialidad y contradicción de los antecedentes argüidos por Latcham, y señalando que la invasión de “cazadores guerreros de la Pampa en Araucanía no es sostenible”<sup>5</sup>.

Entre fines del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX se sucede un sinnúmero de trabajos sobre arqueología y etnología araucana que han sido escasamente atendidos<sup>6</sup>. Autores como Joseph, Oyarzún, R.A. Philippi, Cañas Pinochet, Gunckel, Isamitt, Looser, Amberga, Bullock, aportan diversos antecedentes y desde los más variados enfoques<sup>7</sup>. Estas propuestas provienen de una nueva camada de científicos, con formaciones recibidas fuera de Chile, contemporáneos a propuestas etnológicas y antropológicas como las desarrolladas por Steward y Faron<sup>8</sup>, enmarcados en modelos ecológico-culturales y estructurales funcionalistas.

Este giro científico, antropológico e histórico eclosiona en las décadas de 1950 y 1960. Keller prologa la segunda edición de *Los Aborígenes de Chile* e identifica a la “cultura” araucana como una primitiva, en el umbral de una media o alta cultura<sup>9</sup>. Por la misma época el recién creado Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile inicia en 1956 temporadas de campo en las cuales participa como invitado Menghin<sup>10</sup>, quien elabora una completa historia cultural regional<sup>11</sup> adoptada por diversos investigadores en trabajos posteriores. Berdichevsky, asimismo, ensaya un ordenamiento en fases culturales que ubica el Precerámico hasta los inicios de la era cristiana, sugiriendo además que la estructura social dominante antes de la influencia incaica sería la de sociedades tribales agrícolas<sup>12</sup>.

Desde fines de la década de los años 1960 se desarrollan exploraciones arqueológicas lideradas por las universidades y museos regionales. De esa época son los trabajos de Seguel y Campana en Concepción<sup>13</sup>, que vinculan los periodos arqueológicos con las oscilaciones marinas del Holoceno. M. van de Maele publicó las primeras cartografías históricas y arqueológicas de la zona de Valdivia, mientras que desde mediados de 1970 se inicia la exploración

<sup>3</sup> Barros Arana 2000 [1884].

<sup>4</sup> Latcham 1924, 1928b.

<sup>5</sup> Menghin 1959-60: 56.

<sup>6</sup> Véanse los recuentos bibliográficos de Brand 1941; Cooper 1946; Menghin 1959-60 y Berdichevsky 1968.

<sup>7</sup> Amberga 1913; Bullock 1936, 1952, 1955; Cañas Pinochet 1902, 1904; Gunckel 1931, 1941; Isamitt 1937; Joseph 1928, 1929, 1931; Keller 1953; Looser 1930; Oyarzún 1910.

<sup>8</sup> Steward y Faron 1959; Faron 1961, 1964.

<sup>9</sup> Keller 1953: p. LX.

<sup>10</sup> Respecto de la obra de Menghin y sus vinculaciones teóricas y políticas véase Kohl y Pérez Gollán 2002; Rebay-Salisbury 2011.

<sup>11</sup> Menghin 1959-60.

<sup>12</sup> Berdichevsky 1971.

<sup>13</sup> Seguel 1969, 1970; Seguel y Campana 1970; Campana 1973.

del sitio Monte Verde, cuya investigación dirigida por T. Dillehay marcaría un significativo avance en los estudios de poblaciones finipleistocénicas en territorios boscosos. A las dataciones aportadas en 1973 para la costa de Arauco se suman las de Padre Las Casas y de Pucón VI. Comienzan a obtenerse dataciones absolutas en la costa de Concepción, Monte Verde y el sitio Huimpil del Periodo Alfarero Temprano, inaugurando el establecimiento de cronologías precisas antes inexistentes<sup>14</sup>.

Por la misma época y a mayor distancia cuajaba un proyecto que tendría significativas repercusiones en la arqueología regional. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo impulsó el Proyecto Regional de Patrimonio Cultural Andino que, en un documento publicado en 1979 por L. Lumbreras, establecía la existencia del área Extremo Sur como una de las seis áreas de cotradición o secciones que conformaban el área andina<sup>15</sup>. En el caso de las áreas Meridional Andina y Extremo Sur el asunto fue materia de entusiasta discusión; J. Madrid aboga por la inclusión de la zona central en el territorio Meridional Andino en tanto área de cotradición<sup>16</sup>, mientras que el Extremo Sur, que originalmente planteaba la inclusión de Chile Central, la Araucanía, región de Cuyo, parte central de Neuquén, sierras centrales argentinas y las selvas occidentales, fue finalmente acotada y “en la práctica el ‘extremo sur’ quedó reducido a la Araucanía”<sup>17</sup>. Esta perspectiva fue complementada con la comprensión de las poblaciones alfareras como “formativas” siguiendo el clásico esquema histórico cultural de Willey y Phillips<sup>18</sup>. Coincidentemente, hacia fines de los años 1980 se publican estudios sintéticos elaborados por Aldunate y Dillehay<sup>19</sup>.

En este contexto, a partir de los años 1990 se intensificaron los proyectos regionales o locales, mayormente financiados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Se comienza a desarrollar dataciones arqueométricas y se intensifican las investigaciones sobre el Periodo Arcaico, a la vez que los resultados sobre Monte Verde comienzan a obtener mayor difusión<sup>20</sup>. Los modelos y teorías sobre cazadores-recolectores comienzan a ser aplicados<sup>21</sup> y tempranamente se abordan estudios sobre instalaciones hispanas y fortificaciones<sup>22</sup>. Los acercamientos a aspectos ideacionales o referidos a la organización social de las poblaciones han sido particularmente escasos y, evidentemente, constituyen aproximaciones necesarias para lograr una comprensión más integradora de la historia arqueológica de la región.

## 2. El ambiente regional, sus paisajes y particularidades

En términos ambientales, entendemos los límites de esta región desde el río Biobío por el norte hasta el seno de Reloncaví por el sur, y desde la costa Pacífico, incluyendo la isla Mocha, hasta la región cordillerana, considerando ambas vertientes andinas. Geográfica y cultu-

<sup>14</sup> Seguel 1973; Tamers 1973; Gordon 1978, 1984; Navarro 1979; Bustos 1985; Dillehay *et al.* 1982.

<sup>15</sup> Lumbreras 1979: 5, 11, 16-27.

<sup>16</sup> Madrid 1980: 25, 31-32, 36.

<sup>17</sup> Lumbreras 1981: 103.

<sup>18</sup> Willey y Phillips 1958.

<sup>19</sup> Aldunate 1989; Dillehay 1990a, 1990b.

<sup>20</sup> Dillehay 1989, 1997, 2004b. Para las noticias publicadas en la década de los años 1980 véase Dillehay *et al.* 1982 y Dillehay 1984.

<sup>21</sup> Navarro 1979; Navarro y Pino 1984.

<sup>22</sup> Vidal *et al.* 1986; Saavedra y Sanzana 1991.

ralmente ha sido denominada como Centro-Sur de Chile o Extremo Sur Andina<sup>23</sup>, aunque, como se ha visto, no es un tema del todo consensuado, y es de notar la tendencia reciente de incluir la zona en la vertiente occidental de la Patagonia septentrional<sup>24</sup>.

Una sectorización que se ha manejado al interior de esta área ha seguido una segmentación geológica estructural: costa, valle y cordillera, que además tiene un correlato en la ordenación etnogeográfica relevada en documentación desde el siglo XVII<sup>25</sup>. Probablemente como herencia de acercamientos teóricos cercanos a la ecología-cultural, este esquema también se ha mantenido en los proyectos de investigación. Los sectores costeros y cordilleranos son los que han concitado el mayor interés. Curiosamente, el valle central –que menos atención ha despertado en términos de investigación sistemática– ha aportado con interesantísimos temas y contextos. Otra propuesta de sectorización, al interior del área, ha sido planteada por Aldunate<sup>26</sup>, quien a partir de variables biogeográficas ha distinguido al Toltén como el río que distinguiría un sector septentrional, constituido por las cuencas de los ríos Biobío, Imperial y Toltén, un sector meridional, por las cuencas de los ríos Cruces-Valdivia, Bueno y Maullín, además de un sector oriental, y cordillerano, que además se vincula con la presencia de los lagos andinos. Estos sectores se discriminarían en términos vegetacionales, asociando al primero una mayor presencia del bosque deceduo, para el segundo del laurifolio (siempreverde) y al tercero, más alto, la vegetación altoandina, que más al norte se asocia a la presencia del *pewen* (*Araucaria araucana*).

Como referentes geográficos que particularizan esta región, en el sector costero, se tiene la presencia de la cordillera de Nahuelbuta. La existencia de este importante macizo metamórfico, que alcanza los 800 msnm y que se extiende desde el río Biobío hasta Tirúa, define hacia la costa una planicie litoral de unos 170 km de largo por 25 km de ancho en promedio, funcionando hacia el oriente como una especie de biombo climático, extendiendo la sombra de lluvia y favoreciendo un microclima con mayor influencia continental. Su naturaleza provee de abundantes recursos de flora y fauna, entre ellos el fruto del *pewen*. El valle central es una depresión entre ambas cordilleras, un plano que se inclina hacia el sur, hasta hundirse en el Golfo de Reloncaví y que es disectado por grandes cuencas hidrográficas de origen lacustre andino, el Biobío, el Cautín, el Toltén, el Cruces, el Bueno y el Maullín. Al igual como ocurre más al norte, en el valle destacan cerros aislados y sistemas de cerros o serranías más extensas, como el Ñielol, el Conunhuenu, el cordón Mahuidanche-Lastarria, los Altos de Máfil, los cerros de Huichahue, entre otros. Entre ellos destaca Mahuidanche-Lastarria, correspondiente a un extenso cordón de cerros que sigue una dirección este-oeste, uniendo transversalmente la costa y la cordillera andina en el sector de Villarrica-Loncoche y que funciona como “corredor biogeográfico”. Este cordón y el río Toltén han sido considerados como límites ambientales para las distribuciones y procesos territoriales de las diferentes sociedades que han habitado la región durante el Holoceno.

El sector cordillerano andino, en tanto, destaca por las menores alturas del macizo y pasos cordilleranos transitables durante gran parte del año y que en el pasado posibilitaron la comunicación entre ambas vertientes cordilleranas. Asimismo, se debe considerar como elemento constitutivo del paisaje la presencia de volcanes y lagos<sup>27</sup>. Desde el Pleistoceno y

<sup>23</sup> Lumbreras 1981.

<sup>24</sup> Cfr. Gómez Otero 1996; Lira 2009; Navarro 2008; Reyes V. 2009.

<sup>25</sup> Núñez de Pineda 2001 [1673]; Febres 1767.

<sup>26</sup> Aldunate 1989.

<sup>27</sup> Alvarado 2000a; Alvarado y Mera 2004.

combinado con los efectos de la glaciación, el factor volcánico ha modificado intensamente el paisaje de la región, por ejemplo, mediante el “nacimiento” de volcanes-cerros dormidos que son capaces de represar un río y condicionar el asentamiento humano, como en la zona del Caburgua<sup>28</sup> o el Volcán Cordón Caulle-Puyehue, asociado a los eventos cataclísmicos del terremoto de Valdivia de 1960<sup>29</sup>. En Arauco, por ejemplo, la desembocadura del Biobío ha cambiado desde un gran delta archipelágico a un golfo en que las antiguas islas se han unido y han quedado tres algo más alejadas, la Mocha, la Quiriquina y la Santa María<sup>30</sup>.

Dos han sido los factores del ambiente que principalmente han modelado el paisaje: la intensa actividad volcánica que ha imperado desde fines del Pleistoceno<sup>31</sup> y los resultados de la última glaciación. El primero ha incidido en la topografía dominante y ha contribuido a un continuo aporte sedimentario que se suma al sustrato y la acidificación del suelo que las cenizas producen. Respecto del segundo, sus efectos los vemos durante todo el Cuaternario y especialmente desde el Último Máximo Glacial. Hoy sabemos que prácticamente todo el modelamiento fisiográfico del área es producto de los glaciares que cubrían ambas vertientes andinas y que prácticamente determinaron el paisaje a fines del Pleistoceno cuando llegaron a esta sección del cono sur los primeros americanos<sup>32</sup>.

### 3. Antiguos habitantes de los bosques templados: cazadores-recolectores del Periodo Arcaico

El estudio del Periodo Arcaico o Precerámico ha constituido una de las temáticas con mayores avances durante las últimas décadas. Como declaraba Dillehay en 1976 “virtualmente nada se conoce del periodo comprendido entre el año 6.000 a.C. hasta el año 1.000 d.C.”<sup>33</sup>, situación que, como veremos, comenzará a ser revertida con las investigaciones realizadas. La secuencia elaborada por Menghin distinguía dos grandes periodos: un Epiprotolítico y el Epimiolítico, con las industrias Riogalleguense, Chanchanense y Talcahuanense<sup>34</sup>. El Chanchanense, identificado principalmente en la costa norte de Valdivia, fue relacionado con la tradición Ayampitinense altoandina. El Talcahuanense, con sus características puntas denticuladas, se habría identificado además en la zona de Valdivia<sup>35</sup> y su ocurrencia sería propia del Epimiolítico evidenciando cierta “neolitización” adscribible a los momentos tardíos del Periodo Precerámico e inclusive de momentos cerámicos<sup>36</sup>. En la bahía de Concepción, a fines de la misma década, Z. Seguel y O. Campana avanzaban en la comprensión de las ocupa-

<sup>28</sup> Riffo 1984.

<sup>29</sup> Veyl-Oñat 1961.

<sup>30</sup> Martínez 1968; Ilabaca 1989.

<sup>31</sup> Moreno *et al.* 1994; Naranjo y Moreno 1991; López-Escobar *et al.* 1995.

<sup>32</sup> Documentados en el sitio paleoindio Monte Verde en la zona de Puerto Montt, Dillehay 1997, 2001, y también, recientemente propuesto para la zona de Pilauco en Osorno, Pino 2008; Pino *et al.* 2013. Véase el Capítulo II en el presente libro.

<sup>33</sup> Dillehay 1976b: 12.

<sup>34</sup> Menghin 1959-60.

<sup>35</sup> En rigor la primera punta publicada por Menghin provenía del estero Naguilán en la ciudad de Valdivia, dada la inexistencia de las colecciones de Talcahuano estudiadas por Henckel. Menghin 1959-60: 62.

<sup>36</sup> En los trabajos de Casamiquela (1993) vemos también un acercamiento al difuso tema de los orígenes y filogenia de las poblaciones precerámicas. Bajo otro marco teórico y lenguaje tales problemáticas fueron igualmente abordadas por Latcham (1924) y Guevara (1925).

ciones precerámicas costeras, definiendo una secuencia relativa inicial desde hace unos 4.000 años a.p., planteando tres fases acerámicas asociadas posteriormente con los sitios Bellavista I, Rocoto I, La Trila y Quiriquina (Figura 1, Tabla 1). Los pulsos ocupacionales y de abandono se correlacionarían con los eventos sedimentarios que afectaron la costa y especialmente la microárea de Raqui-Tubul<sup>37</sup>.

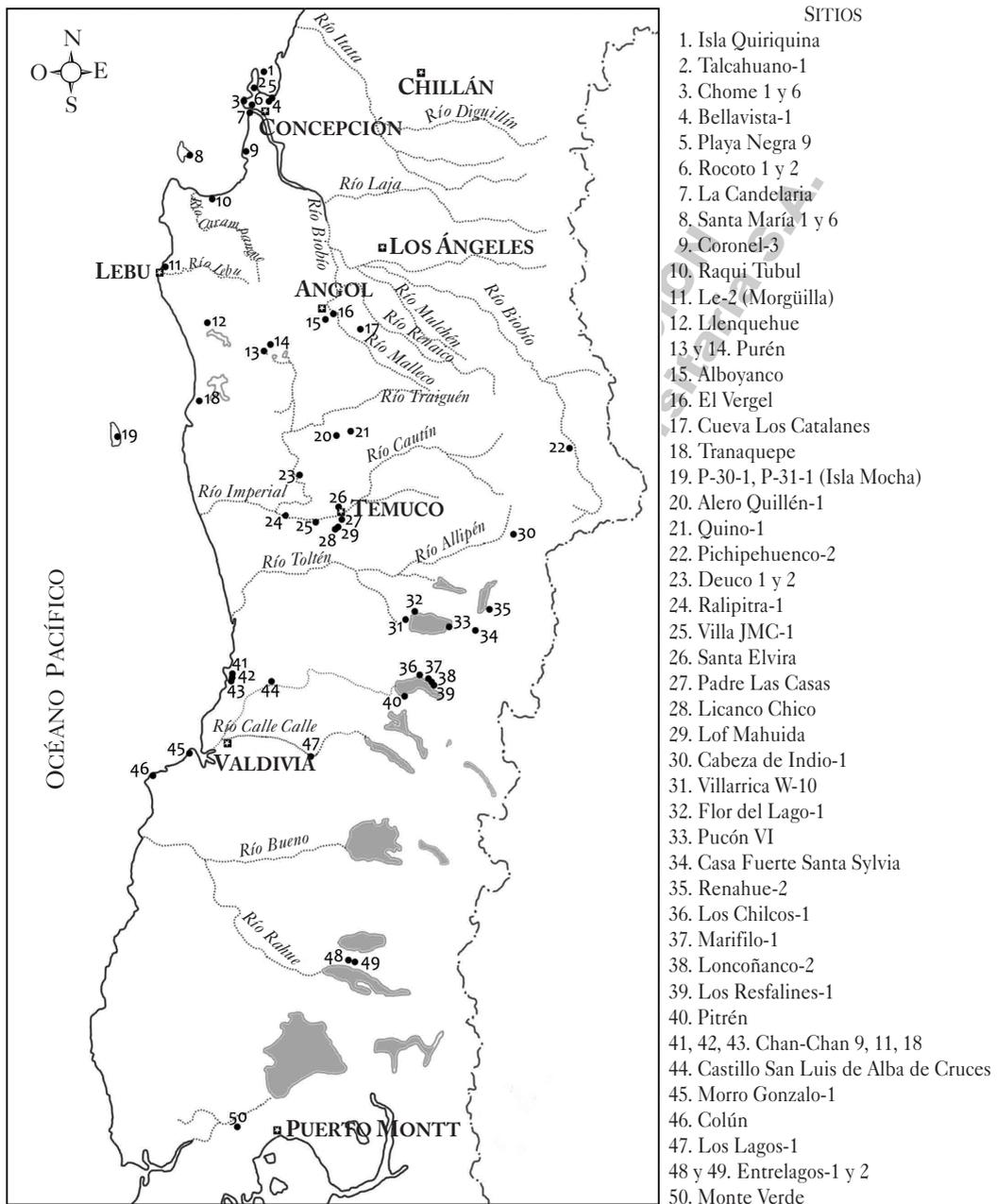


Figura 1. Mapa con localización de sitios mencionados en el texto.

<sup>37</sup> Seguel y Campana 1970.



símiles desde el 200 a.C.<sup>41</sup>. Consecuentemente, se trata del periodo más extenso de la secuencia regional que, no obstante los significativos avances, es materia para futuras y más sistemáticas aproximaciones.

### 3.1. *Exploradores de los bosques templados andinos: ocupaciones del Arcaico Temprano*

Las primeras ocupaciones correspondientes al Periodo Arcaico regional han sido identificadas en la costa norte del lago Calafquén, en el sitio Marifilo 1<sup>42</sup>. Corresponde a una secuencia de ocupaciones registradas en un alero rocoso, originado por un afloramiento volcánico de basaltos columnares y documentarían una fase exploratoria del territorio hacia los 10.400 años a.p.<sup>43</sup>. Una datación y contexto similar se han informado recientemente para Pucón VI, algo más al norte, en la ribera sur del lago Villarrica<sup>44</sup>. También se tiene conocimiento de otras ocupaciones tempranas que se han investigado en las provincias de Neuquén y Río Negro (Argentina), en los asentamientos El Trébol, Cueva Trafal, Cueva Cuyín Manzano y Cueva Epullán Grande, emplazados en sectores ecotonales de bosque-estepa y directamente en estepa. Las dataciones disponibles para los niveles más tempranos de estos yacimientos los sitúan entre los 9.000 y 10.000 años a.p.<sup>45</sup>. Este conjunto de sitios documentaría la temprana presencia humana en los bosques templados andinos<sup>46</sup>, situación que se complementaría con evidencia proporcionada por estudios ambientales que señalan un incremento de los incendios producidos antrópicamente<sup>47</sup>. La identificación de estas ocupaciones tempranas se ha referido a las investigaciones de Monte Verde como un antecedente fundamental para comprender las ocupaciones humanas en territorios boscosos. No obstante, aún no se han establecido relaciones de vinculación o continuidad cultural entre estas ocupaciones de manera sistemática. Por otra parte, estudios efectuados en la zona de Chiloé han propuesto un núcleo septentrional de desarrollo canoero y la existencia de una “tradicón de la madera” que expresaría el conocimiento adquirido por las poblaciones tempranas en el manejo de los recursos forestales<sup>48</sup>.

Un momento posterior a estas tempranas ocupaciones, también registrado en el ámbito cordillerano, se expresaría en la misma secuencia de Marifilo-1<sup>49</sup> y Loncoñanco-2; este último un alero de similares características ubicado en el mismo valle. En Marifilo-1 se identificaron ocupaciones (ca. 8.400 y 7.000 años a.p.) asociadas a fogones en una secuencia estratigráfica desarrollada entre significativas erupciones volcánicas. En el caso de Loncoñanco, la ocupación también se corresponde con un fogón asociado a un evento volcánico, con una fecha

<sup>41</sup> Para efectos de facilitar la comprensión del texto por especialistas de diferentes disciplinas, y la comparación con los restantes capítulos referidos al tema, es que optamos por presentar las dataciones correspondientes a las ocupaciones arcaicas en años antes del presente (a.p.), edades convencionales sin calibrar. Por su parte, los periodos alfareros se informan en años antes de Cristo (a.C.) y después de Cristo (d.C.).

<sup>42</sup> Adán *et al.* 2004; Mera y García 2004; García 2005b.

<sup>43</sup> Velásquez y Adán 2004; Mera y García 2004; García 2005b; Cfr. Borrero 1989-1990.

<sup>44</sup> Navarro *et al.* 2010.

<sup>45</sup> El Trébol no dispone de dataciones absolutas para los niveles más tempranos. En ellos se han registrado moluscos dulceacuícolas, huemul (*Hippocamelus bisulcus*) y algunos restos de Mylodontinae, además de un fragmento de punta bifacial (Hajduk *et al.* 2004). De acuerdo con los autores el ingreso al ámbito lacustre boscoso de Nahuel Huapi se habría efectuado desde la estepa y el ecotono aunque la vía occidental no puede ser descartada (Hajduk *et al.* 2011).

<sup>46</sup> Borrero 2008.

<sup>47</sup> Abarzúa y Moreno 2008; cfr. Borrero 2012a.

<sup>48</sup> Rivas *et al.* 1999; Ocampo y Rivas 2004.

<sup>49</sup> Mera y García 2004; García 2005b, 2009.

cercana a 7.800 años a.p. En ambos sitios se registran desechos líticos y algunos escasos instrumentos elaborados sobre lascas secundarias y núcleos de basalto y andesita de grano grueso, además de recurrente presencia de restos arqueofaunísticos, con bajo valor de biomasa<sup>50</sup>. La situación descrita para este momento se diferencia de aquella interpretada para los asentamientos observados en la vertiente oriental andina, donde –por ejemplo– se registran las primeras ocupaciones de la Cueva Haichol<sup>51</sup>, en un ambiente más abierto con presencia de araucaria y en Trafal-1<sup>52</sup>. Los componentes tempranos de ambos sitios han sido relacionados con paraderos de cazadores, de acuerdo con la presencia de una industria lítica importante en la que se observan diferentes tipologías de puntas de proyectil (triangulares y lanceoladas, principalmente), considerable presencia de raspadores y restos que evidencian la caza y el consumo de guanacos (*Lama guanicoe*). El registro de Trafal-1 contiene evidencias de restos malacológicos del océano Pacífico, indicación de tempranas estrategias de movilidad entre la costa occidental y la región andina oriental<sup>53</sup>.

En el caso del valle, un dato adicional, pero que no está datado ni bien documentado, es el componente más antiguo registrado en Alero Quillén-1, al norte de Temuco en la depresión intermedia, el cual podría corresponder a un momento cultural previo a 7.000 años a.p.<sup>54</sup>. En la costa, por su parte, la presencia de un componente temprano es aún materia de suposiciones, aunque es probable que existan sitios más antiguos que aquellos que caracterizan al Arcaico Medio regional, en especial si se consideran las proposiciones de la costa del Maule que identifican el Patrón Loanco anterior a los 7.000 años a.p. y con similitudes con Cuchipuy, aunque aún sin dataciones absolutas<sup>55</sup>. En cualquier caso, es necesario considerar que esta sección de la costa chilena, entre Arauco y Chiloé durante todo el Holoceno, ha sido fuertemente afectada por importantes eventos de origen tectónico y glacio-eustáticos, de modo que las posibilidades de registro de sitios costeros anteriores a 7.000 años a.p. son bajas, siendo altamente probable que muchos asentamientos se encuentren bajo las aguas marinas.

### 3.2. *Dispersión y singularidades territoriales: ocupaciones del Arcaico Medio*

En el Holoceno Medio, asociado al Óptimo Climático o Hipsitermal (ca. 7.000-4.000 años a.p.), se reconoce un aumento de las ocupaciones humanas en los diferentes ambientes presentes en la región (Tabla 1). Durante este periodo se han identificado numerosos asentamientos en el litoral higromórfico. La gran mayoría corresponde a depósitos conchíferos (conchales o concheros), con estratigrafías espesas y extensas que dan cuenta de una continuidad ocupacional o bien de establecimientos por temporadas prolongadas, que podrían asociarse con una población más numerosa. Posiblemente la alta disponibilidad de biodiversidad junto a un mayor conocimiento de las áreas de mayor eficiencia, en sectores de desembocadura, humedales y lagunas costeras, facilitó el acceso durante todo el año prácticamente a la mayoría de los recursos alimentarios, a excepción de algunos recursos de aprovechamiento estacional. Esta situación permitiría una mayor permanencia y estabilidad económica, fa-

<sup>50</sup> Mera y García 2004; Velásquez y Adán 2002, 2004.

<sup>51</sup> Fernández 1988-89.

<sup>52</sup> Crivelli *et al.* 1993.

<sup>53</sup> Hajduk *et al.* 2011.

<sup>54</sup> Navarro 2004; Valdés *et al.* 1985.

<sup>55</sup> Gaete y Sánchez 1995.

voreciendo la conformación de una territorialidad propia de estos ámbitos costeros<sup>56</sup>. Estas evidencias han sido distinguidas y propuestas en este periodo tanto para la costa de Arauco<sup>57</sup> como para la zona al norte de Valdivia, en Chan-Chan (Figura 2)<sup>58</sup>.

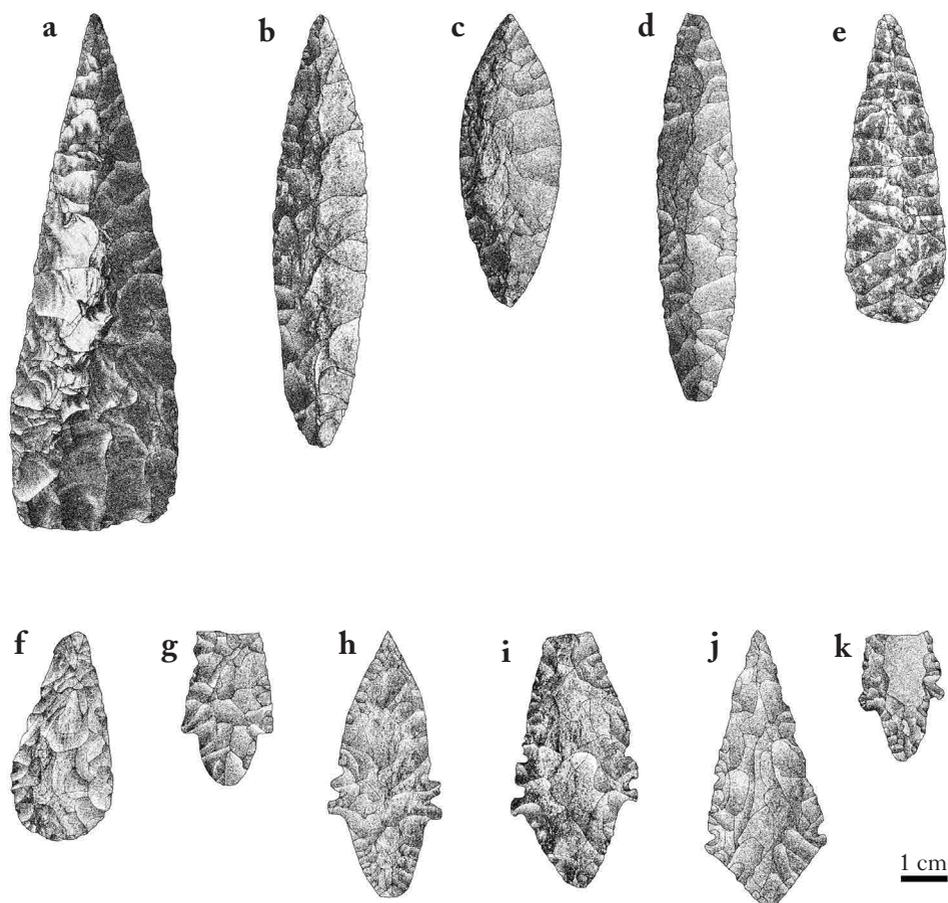


Figura 2. Puntas líticas y otros instrumentos de sitios costeros del Arcaico Medio: a) Punta triangular de base recta en obsidiana, sitio Chan Chan 11; b) Cuchillo de sección plano-convexa en basalto, sitio Chan Chan-18; c) Punta lanceolada en basalto, sitio Chan Chan 18; d) Punta triangular de base convexa en obsidiana del sitio Chan Chan-18; e) Punta biacuminada en basalto, sitio Chan Chan 18; f) Cuchillo lítico sitio Le-2; g) Punta lítica pedunculada sitio Le-2; h, i y j) Puntas líticas “Talcahuanenses”, sitio Le-2 (Fuentes: Navarro 2013; Massone *et al.* 2011).

Las primeras ocupaciones reconocidas son cercanas a los 6.350 años a.p.: Co-3, en Coronel; Morguilla (Le-2), en Lebu; Chan Chan-18, al norte de Valdivia, y Piedra Azul e Ilque-1 en

<sup>56</sup> Navarro 2004.

<sup>57</sup> Bustos y Vergara 2004.

<sup>58</sup> Navarro 2004.

el Golfo de Reloncaví<sup>59</sup>. En la costa de Arauco se registran potentes conchales que dan cuenta de economías basadas en la caza-recolección y pesca, los componentes más antiguos de los sitios Co-3 y Le-2, presentan instrumentos formatizados sobre diversas materias primas, principalmente locales, incluyendo esquistos y cuarzos, pesas de red con muescas laterales y posibles anzuelos elaborados sobre valva de *Choromitylus*. Destaca la presencia de puntas lanceoladas y pedunculadas de borde aserrado en sitios definidos como campamentos en los que se desarrollaban con diferentes énfasis las actividades mencionadas<sup>60</sup>.

La sección meridional, al norte de la ciudad de Valdivia, registró ocupaciones de cazadores-recolectores y pescadores evidenciadas en los sitios Chan Chan 9, 11 y 18. Los dos primeros, ubicados en una terraza marina alta, fueron estudiados por sus materiales superficiales, en cambio el más grande y complejo, Chan Chan 18, emplazado actualmente solo a 3 m sobre la línea de pleamar, registró un depósito estratigráfico de 2 m de espesor. En los estratos inferiores del mismo se recuperaron puntas triangulares de obsidiana fechadas en 5.600 años a.p.<sup>61</sup> y en los niveles medios y superiores otras lanceoladas en basalto. Los análisis desarrollados permiten plantear que sus habitantes practicaron la caza de lobos marinos, de aves y la pesca, complementando la dieta con la recolección de moluscos<sup>62</sup>. Estos grupos probablemente mantuvieron vínculos con la zona andina como lo indica la presencia de obsidiana de esa procedencia<sup>63</sup>.

Para la sección cordillerana, nuevamente Marifilo-1 aporta un componente ilustrativo de lo que son las adaptaciones boscosas cordilleranas; a este registro se suma Loncoñanco-2, donde también se reconoce la ocupación recurrente de un alero en un ambiente volcánico-lacustre. En ambos casos se registra la presencia de fogones (que corresponden a los más potentes de sus respectivas secuencias) con abundantes restos arqueofaunísticos, en los que prima la presencia de pudú, además de artefactos y desechos líticos sobre materias primas locales y punzones elaborados sobre ulnas de zorro<sup>64</sup>.

Algo posterior en esta secuencia del Holoceno Medio se registra una importante ocupación en el sitio Alero Quillén-1 del valle central<sup>65</sup>. El hecho de ser uno de los pocos sitios en el que ha sido posible establecer fehacientemente la presencia de cazadores-recolectores en el valle convierte este asentamiento en una pieza fundamental para el estudio de los procesos de ocupación efectiva del territorio sureño<sup>66</sup>. El alero fue ocupado por cazadores-recolectores en dos momentos del Arcaico y uno transicional con el Alfarero. El nivel más antiguo, que no ha sido datado, se destaca por la presencia de puntas pedunculadas en basalto y en obsidiana, mientras que el segundo, con una fecha cercana a los 4.700 años a.p., está representado por diversos tipos de puntas: triangulares de base recta, convexa o cóncava y puntas apedunculadas lanceoladas y biacuminadas. El sitio evidenciaría una economía basada en la caza de anima-

<sup>59</sup> Quiroz y Sánchez 2004; Navarro y Pino 1995; Gaete *et al.* 2004; Mera y Munita 2010a; Mera *et al.* 2014. Tanto Piedra Azul como Ilque han sido entendidos como pertenecientes a un modo de vida canoero y son tratados con mayor profundidad en el Capítulo X de este libro. La investigación de la zona Centro-Sur, no obstante, ha avanzado en la superación de los esquemas histórico culturales y cada vez se plantea la mayor relevancia y articulación con las poblaciones canoeras principalmente referidas a la navegación y ocupación de ambientes costeros.

<sup>60</sup> Quiroz y Sánchez 2004; Quiroz *et al.* 1999.

<sup>61</sup> Navarro y Pino 1995.

<sup>62</sup> Navarro y Pino 1999; Navarro 2004.

<sup>63</sup> Navarro 2013.

<sup>64</sup> Velásquez y Adán 2004; García 2006.

<sup>65</sup> Valdés *et al.* 1985; Sánchez *et al.* 1984; Navarro y Pino 1984, 1991.

<sup>66</sup> Navarro y Pino 1984: 72.

les pequeños y una disminución de la recolecta de vegetales<sup>67</sup>. Un estudio reciente permitió establecer que la obsidiana con la que se elaboran algunos artefactos proviene de la zona de los Nevados de Sollipulli<sup>68</sup>. Ello sugiere que la depresión intermedia de la Araucanía y la costa valdiviana septentrional, según los hallazgos de Chan Chan-18, participarían en un circuito de interacción y circulación de recursos, vinculado con la vertiente occidental de los Andes, particularmente con la zona de Melipeuco desde donde provienen las materias primas.

Un importante rasgo registrado en este periodo, con dataciones cercanas entre sí y que ha sido observado tanto en la costa como en la sección lacustre cordillerana, es la presencia de enterratorios junto a los espacios ocupados para funciones domésticas. Ambos casos conocidos comparten algunos rasgos del patrón funerario, como la depositación flectada decúbiteo lateral derecho, sobre una cama de cenizas y asociados a discretos ajuares y pequeños fogones. En el caso de Chan Chan-18, se trata de un individuo adulto dolicoide, de contextura frágil, con su cabeza hacia el sur y mirando al oriente, datado en ca. 5.000 años a.p. Su cuerpo se enterró cerca de tres fogones pequeños, posiblemente rituales, cubriéndolo con pigmento rojo; cerca de sus manos entrelazadas se depositó como ajuar un raspador de basalto<sup>69</sup>. En el caso de Marifilo-1, se trata del entierro de un infante con la cabeza hacia el poniente (interior del alero) y la mirada hacia el sur (lago), el ajuar corresponde a un sobador de basalto depositado cerca de los pies, la data es ca. 5.950 años a.p. Posiblemente, como parte del ritual, el grupo efectuó una quema sobre el sector pectoral que carbonizó parte de las costillas y del cráneo del individuo<sup>70</sup>; además se depositó un guijarro de granito (alóctono) sobre la posición que ocupa la cabeza<sup>71</sup>. Este patrón de entierro ha sido hasta ahora el único representativo de los distintos grupos que habitaron ambientes diferentes, señalando prácticas simbólicas compartidas durante el Holoceno Medio.

### 3.3. Consolidación y diversificación de los cazadores-recolectores del Arcaico Tardío

Durante el Arcaico Tardío (ca. 4.000-2.000 años a.p.) nuevamente se observa una ocupación efectiva de todos los ambientes. Se reconoce un manejo de los recursos y maneras de apropiación de amplio espectro, como también otras estrategias económicas específicas.

En el valle central los escasos asentamientos reconocidos merecen el desarrollo de investigaciones específicas con mayor profundidad. En Cueva de Los Catalanes se registra un estrato previo a los alfareros, que no ha sido datado y que sería factible de asociar a este periodo de acuerdo con la ausencia de alfarería y el tipo de artefactos líticos registrados<sup>72</sup>. En Alero Quino-1 se registra una situación similar, aunque en este caso se cuenta con una fecha cercana a los 1.850 años a.p.<sup>73</sup>; y también en Alero Quillén-1<sup>74</sup>. En todos estos yacimientos se reconocen ocupaciones alfareras sobre los componentes precerámicos. Una reevaluación de estos sitios ayudaría a caracterizar mejor estos grupos cazadores-recolectores finales del Arcaico y cómo fue la transición de estos al Periodo Alfarero.

<sup>67</sup> Navarro y Pino 1995, 1999.

<sup>68</sup> Stern *et al.* 2009.

<sup>69</sup> Navarro y Pino 1999; Navarro 2004.

<sup>70</sup> Lehnebach *et al.* 2008.

<sup>71</sup> Mera y García 2004; García 2005b.

<sup>72</sup> Berdichewsky 1968.

<sup>73</sup> Sánchez e Inostroza 1985; Quiroz *et al.* 1997; Adán y Mera 2011.

<sup>74</sup> Valdés *et al.* 1985; Navarro y Pino 1984.

En la costa, gran parte de los conchales registrados a partir del Holoceno Medio presenta en sus estratos superiores ocupaciones asociadas al Arcaico Tardío. Adicionalmente, a partir de fechas cercanas a los 4.000 años a.p. es factible observar que se consolida el acceso a distancias alejadas de la costa, indicativas de un manejo latitudinal<sup>75</sup>, que complementaría el manejo longitudinal y batitudinal que detentarían los grupos más tempranos y que se registra en todo el litoral a partir del Holoceno Medio (ca. 6.000 años a.p.). En efecto, se tiene antecedentes a partir de prospecciones y sondeos realizados en isla Quiriquina de material cultural y ecofactual similar al registrado en las segundas ocupaciones de los sitios Rocoto I y Bellavista I<sup>76</sup>. Se ha registrado durante estos momentos un conjunto de sitios con presencia de puntas del tipo “talcahuanense” o con barbas de retención en los sitios Le-2, Chome, Talcahuano 1, islas Quiriquina y Santa María, que indican la práctica de caza de mamíferos marinos, junto a la explotación de otros recursos como pingüinos, tal como se registra en Le-2<sup>77</sup>. Otros sitios contemporáneos, no obstante, presentan conjuntos artefactuales en que estos singulares proyectiles están ausentes dominando otros con bordes dentados y sin barbas de retención que indican presencia de actividades cazadoras que no necesitan el arponeo, tal como se ha registrado en Le-4<sup>78</sup>. El registro del sitio Playa Negra-9 en la bahía de Concepción da cuenta de la importancia de las actividades de pesca en la intensificación ocupacional de la costa, con una alta representatividad de instrumental especializado para pesca conformado por pesas líticas para redes o líneas de pesca, además de prácticas fúnebres que ilustran una significativa intensidad de ocupación del sector<sup>79</sup>. El conjunto permitió la identificación de un total de siete individuos tanto femeninos como masculinos y de diferentes edades. Estos fueron dispuestos en diferentes posiciones: flectadas, extendidas, hiperflectadas y decúbito dorsal, izquierdo o derecho, acusando una significativa variabilidad en el patrón de depositación. Se registró la disposición de los cuerpos sobre emplantillados de guijarros y bolones, y una capa de limo en ocasiones entremezclada con restos de conchas molidas. Como parte de los depósitos se identificaron piezas u ofrendas líticas como una pesa de red y puntas de proyectil<sup>80</sup>. Lo anterior define para el ámbito costero de Concepción y Arauco un panorama diversificado en que la tecnología del “talcahuanense” constituiría una de las respuestas tecnológicas en la adaptación y aprovechamiento económico de los ambientes costeros<sup>81</sup>.

Durante este periodo final de la secuencia del Arcaico regional las estrategias de movilidad se ven facilitadas por el dominio de las técnicas de navegación, permitiendo no solo la colonización exitosa de los ambientes insulares cercanos a la costa, como Isla Quiriquina y Santa María, sino también de otras más distanciadas como Isla Mocha<sup>82</sup>. Los trabajos desarrollados en la isla Mocha demuestran que su poblamiento se iniciaría en estos momentos ya que el sitio más antiguo identificado corresponde a P30-1, cercano a los 3.500 años a.p.<sup>83</sup>.

<sup>75</sup> Llagostera 1982, 1989.

<sup>76</sup> Seguel 1970; Bustos 1985; Quiroz, Vásquez y Sánchez 2000a.

<sup>77</sup> Quiroz y Sánchez 2004; Quiroz *et al.* 1999, 2000.

<sup>78</sup> Quiroz y Sánchez 2004.

<sup>79</sup> Torres *et al.* 2007.

<sup>80</sup> Torres *et al.* 2007: 87-88.

<sup>81</sup> Cfr. Quiroz, Vásquez y Sánchez 2000a: 706; Quiroz, Massone y Contreras 2000: 630.

<sup>82</sup> Vásquez 1997; Massone 2005; Quiroz y Sánchez 2004. En el caso de la navegación interior, hasta ahora el registro más fehaciente del uso de embarcaciones monoxilas en lagos ha sido obtenido en el lago Nahuelhuapi en la Isla Victoria, con una posición cronológica a inicios de la era cristiana (Hajduk y Albornoz 1999; Braikovich 2004; Lira 2007, 2009).

<sup>83</sup> Vásquez. 1997; Quiroz, Vásquez y Sánchez 2000b.

Estas ocupaciones en la Mocha expresarían un mayor vínculo cultural con poblaciones ca-noeras australes, más que una expresión meridional de los pescadores andinos<sup>84</sup>. Este plan-teamiento hipotético hace ver la posibilidad de concebir la isla Mocha como un espacio de convergencias culturales.

En el ámbito cordillerano se cuenta con registros de este periodo en los estratos superio-res de las secuencias estratigráficas de algunos aleros. Al suroriente del volcán Llaima (co-muna de Melipeuco), en el alero Cabeza de Indio-1 se han documentado ocupaciones de cazadores-recolectores con ausencia de cerámica, caracterizadas por una señal arqueológica débil, con presencia de lascas de basalto, semillas quemadas de lleuque (*Prumnopitys andina*) y araucaria (*Araucaria araucana*), además de carbones dispersos asociados a fogones muy dis-cretos<sup>85</sup>. Más al sur, en el valle de Reigolil, en los faldeos de la vertiente occidental andina, se ubica una serie de aleros asociados a pinalerías, que solo permiten ocupación estacional y fue-ron aprovechados por grupos precerámicos con dataciones hacia 2.500 años a.p.<sup>86</sup>. De manera similar, en la costa del lago Calafquén se ha documentado la presencia de estratos asociados al Arcaico Tardío en las secuencias de Loncoñanco-2<sup>87</sup> y en Los Resfalines-1, este último ubi-cado a 600 metros de la costa del lago, cercano a Coñaripe, interpretado como un campamen-to de tareas, datado hacia el año 2.200 a.p., de donde se recuperó una considerable presencia de derivados y desechos sobre basalto que resultan en un conjunto lítico poco formatizado<sup>88</sup>.

En síntesis, los componentes culturales del Arcaico –desde el Holoceno Temprano has-ta el Holoceno Tardío– que han sido reconocidos inicialmente en el área del lago Cala-fquén y que luego de nuevas investigaciones se han extendido a un sector más amplio dentro de la región lacustre andina, evidencian un modo de vida caracterizado por una re-currente ocupación de estos espacios, a través de estrategias de alta movilidad, acorde con un significativo conocimiento de los recursos faunísticos y florísticos, lo que habría posi-bilitado un acabado conocimiento y explotación de los recursos por medio de tecnologías líticas y óseas eficientes, acordes al desarrollo de las estrategias económicas que permiten estos ecosistemas<sup>89</sup>. Tales características culturales constituirían el sustrato de la Tradición Arqueológica de Bosques Templados planteada para los periodos alfareros de este ámbito, estableciendo antecedentes de continuidad, particularmente mediante la mantención de ciertas prácticas económicas, de tono conservador, asociadas a un conocimiento y ordena-miento del paisaje cordillerano<sup>90</sup>.

#### 4. Primeras comunidades alfareras

El conjunto de dataciones disponibles en la actualidad para el Periodo Alfarero Temprano (Tabla 1) configura un panorama de mayor complejidad respecto de su transición desde el Periodo Arcaico y su relación con las manifestaciones propias del Alfarero Tardío.

<sup>84</sup> Quiroz y Sánchez 2004; Quiroz, Vásquez y Sánchez 2000a; Quiroz, Massone y Contreras 2000; Cfr. Llagostera 1989: 77.

<sup>85</sup> García 2009.

<sup>86</sup> Toro 2010, 2012; FONDECYT 1060216.

<sup>87</sup> Mera y García 2004

<sup>88</sup> Cordero 2009, 2010.

<sup>89</sup> Adán *et al.* 2004; Velásquez y Adán 2004; García 2006; Jackson y García 2005; Cordero 2010.

<sup>90</sup> Adán *et al.* 2004, 2010.

#### 4.1. *Primeros registros e hipótesis acerca de dataciones tempranas*

Desde la primera datación absoluta de Huimpil<sup>91</sup> se produjo un conjunto de fechados, que en la actualidad comprenden un significativo número de sitios o componentes de sitios, con dataciones tempranas, cercanas a los inicios de la era cristiana, inclusive previas, y anteriores a los 300 años d.C. (Tabla 1). Estos se localizan en la costa de Arauco y en la isla Mocha<sup>92</sup>; en contextos de valle del sector septentrional; en el ámbito lacustre andino<sup>93</sup>; en el sector cordillerano septentrional (sector Callaqui, sector Reserva, sector Trapa Trapa)<sup>94</sup>, y un poco más al sur en Lonquimay (Pichipehuenco-2)<sup>95</sup>. Estas dataciones fueron obtenidas sobre fragmentería alfarera de sitios habitacionales como también sobre muestras de carbón de depósitos estratigráficos en la misma clase de sitios, mientras que hasta ahora la datación más antigua de contextos fúnebres con piezas cerámicas completas fue obtenida en Los Chilcos en la ribera norte del lago Calafquén, hacia el año 350 d.C.<sup>96</sup>

Si bien los registros son aún incipientes y no existen estudios comparativos sobre los conjuntos alfareros, los antecedentes son suficientes para documentar comunidades portadoras y/o productoras de alfarería en estos momentos tempranos, en entornos diferenciados como la costa en Talcahuano-1, veranadas altas asociadas a pinalerías, posibles de ocupar solo en el verano en Pichipehuenco-2, aleros en rutas de tránsito en el valle, en un tributario de la cuenca del Imperial, Quino-1, y en contextos lacustres como queda documentado en Flor del Lago-1, todos ellos hasta ahora al norte del río Toltén.

La vinculación de estas poblaciones con alfarería temprana y las comunidades cazadoras-recolectoras del Periodo Arcaico ha sido apenas esbozada, sobre todo en la formulación de proposiciones generales y marcos hipotéticos. Particularmente para el caso de estas ocupaciones tempranas en la costa de Arauco se ha propuesto la existencia de un complejo Temprano al norte de Lebu que actualizaría proposiciones sobre pueblos portadores de cerámica sin agricultura<sup>97</sup>. En el ámbito lacustre meridional se desarrolló la noción de Tradición Arqueológica de Bosques Templados para caracterizar la existencia de un modo de vida tradicional bien adaptado a las posibilidades y recursos locales que evidenciaría cómo poblaciones alfareras tempranas, adscribibles al complejo Pitrén, recogerían y aprovecharían experiencias de poblaciones previas en su relación con el medio ambiente y modo económico<sup>98</sup>. Esta propuesta buscó superar la imagen de estos territorios como escasamente habitables o marginales para la ocupación de grupos alfareros y cazadores-recolectores, desarrollando un marco interpretativo para estudiar los modos de vida en ambientes con extensas coberturas boscosas<sup>99</sup>.

<sup>91</sup> Gordon 1984.

<sup>92</sup> Sánchez M. 1997; Quiroz 2010; Bustos y Vergara 2001.

<sup>93</sup> Adán y Mera 2011.

<sup>94</sup> Bustos 2009; Adán y Mera 2011.

<sup>95</sup> Adán y Mera 2011.

<sup>96</sup> Adán y Reyes 2000.

<sup>97</sup> Seguel y Campana 1970; Quiroz 2010: 448.

<sup>98</sup> Adán *et al.* 2004; Adán *et al.* 2010: 1465-1466.

<sup>99</sup> La escasez de modelos teóricos y metodológicos para estudiar las ocupaciones en territorios boscosos por poblaciones cazadoras-recolectoras o agricultoras-horticultoras no es en todo caso exclusiva de la arqueología nacional. El modelo desarrollado por Bailey y Headland (1991) respecto de las limitantes para la subsistencia y el crecimiento demográfico en ecosistemas de bosques tropicales ha sido discutido a partir de antecedentes arqueológicos y etnoarqueológicos con diferentes propuestas acerca de la habitabilidad, adaptación u ocupación de los sistemas boscosos, sus espacios ecotonaes y las estrategias de movilidad implicadas (Cfr. Mena 1995; Politis 1996; Politis *et al.* 1997; Heckenberger *et al.* 1999; Shoocongdej 2000; Góes Neves 2007).

En el caso del Calafquén, con un bosque mayoritariamente laurifolio y una alta biodiversidad, se confirmaron las apreciaciones de Aldunate sobre la permanencia de poblaciones con un modo de vida alfarero-temprano en los ambientes cordilleranos andinos occidentales y orientales hacia los momentos finales del Alfarero Temprano<sup>100</sup>, identificadas en una fase Pitrén Lacustre Cordillerana<sup>101</sup>. La Tradición Arqueológica de Bosques se caracterizó en el lago Calafquén como un modo de vida bien adaptado a las formaciones boscosas del entorno lacustre, en el cual sus poblaciones contarían con un importante sustrato histórico en las tempranas ocupaciones de cazadores-recolectores y se caracterizaría por la vigencia de prácticas económicas de caza-recolección, a la vez que se incorporaban innovaciones hortícolas<sup>102</sup>. Se documentó la existencia de tecnologías líticas, óseas y alfareras singulares a la adaptación de estos territorios<sup>103</sup>, como un uso del espacio característico a estos ambientes lacustres<sup>104</sup>. Tal configuración hace que la expresión de esta modalidad de ocupación se diferencie de otras adaptaciones contemporáneas como las pampeanas y costeras, y presente asimismo un comportamiento cronológico que la distanciaría de otras expresiones culturales. Nuevas investigaciones retomaron estas formulaciones enriqueciéndolas y discutiéndolas, a partir de estudios sobre material lítico y su uso sobre maderas<sup>105</sup>, las prácticas alfareras entre sociedades cazadoras-recolectoras<sup>106</sup>, y la caracterización de las tecnologías de navegación, que emparentó esta Tradición Arqueológica de Bosques con la Tradición de la Madera propuesta para la zona chilota y de los canales<sup>107</sup>.

#### 4.2. *El complejo Pitrén: tipos de asentamiento, prácticas económicas, tecnologías y circuitos de interacción*

Los sitios de cementerio que permitieron la caracterización del complejo Pitrén se conocen mejor gracias al estudio de colecciones alfareras depositadas en instituciones museales desde Concepción al Lago Ranco<sup>108</sup>. La datación más temprana de un sitio de cementerio claramente adscribible a este complejo se sitúa alrededor del año 350 d.C., en el sitio Los Chilcos que ya hemos mencionado, mientras que las más tardías, cercanas a los años 900-1.000 d.C., se registran en Pitrén y Los Lagos-1<sup>109</sup>. La dispersión meridional de sitios adscribibles al Complejo ha sido mejor definida mediante hallazgos registrados en el lago Puyehue, en los sitios Entrelagos-1, Entrelagos-2, y Entrelagos-3; en el lago Rupanco, probablemente correspondan al Periodo Alfarero Temprano los sitios Nalcas-1 y Río Bonito-1<sup>110</sup>.

No obstante, el estudio de las manifestaciones del complejo Pitrén ha estado concentrado en áreas específicas, entre las cuales los enfoques y resultados son disímiles. Al norte del Toltén uno de estos espacios es la costa y los ecosistemas insulares, principalmente la costa

<sup>100</sup> Aldunate 1989: 346.

<sup>101</sup> Adán *et al.* 2004.

<sup>102</sup> Adán y Reyes 2000; Velásquez y Adán 2002.

<sup>103</sup> Mera y Becerra 2002; Becerra y Reyes 2005; García 2006; Jackson y García 2005.

<sup>104</sup> Adán *et al.* 2004; García 2005b; Adán, Mera, Bahamondes y Donoso 2007.

<sup>105</sup> Cordero 2009, 2010.

<sup>106</sup> Gallego 2011.

<sup>107</sup> Lira 2007, 2009.

<sup>108</sup> Adán y Mera 1997a; Mera y Adán 2000.

<sup>109</sup> Adán y Mera 1997a, 2011; Adán y Alvarado 1999.

<sup>110</sup> Mera y Munita 2009; Sánchez 2009. En todos los casos se trata de sitios abiertos habitacionales sin dataciones absolutas y su estimación cronológica se ha efectuado en consideración a las características formales de la alfarería.

de Arauco, al oeste de la cordillera de Nahuelbuta entre Cañete y Tirúa, y en la isla Mocha, donde se han reconocido sitios abiertos y enterratorios<sup>111</sup>. En la zona de los valles nahuelbutanos orientales se tiene registros en la zona de Angol y Purén-Lumaco<sup>112</sup>. Más al sur el valle central del Cautín, en las inmediaciones de la actual ciudad de Temuco, contiene un significativo registro del periodo, fundamentalmente sobre la base de sitios de funebria<sup>113</sup>. En la zona lacustre los estudios se han dirigido a los lagos Calafquén, Villarrica y Caburgua, mientras que la cuenca del río Valdivia ha sido objeto también de un amplio acercamiento<sup>114</sup>. La zona lacustre y la cuenca del río Valdivia son las que hasta ahora concentran la mayor diversidad de asentamientos con sitios abiertos habitacionales, aleros y cementerios. La ocurrencia de cerámica Pitrén en contextos transandinos y la extensión del complejo hacia sectores orientales andinos tal como lo propusiera Aldunate y lo recogiera la formulación de la fase lacustre cordillerana del complejo, se encuentra mejor documentada en sitios ya conocidos y otros nuevos asentamientos distribuidos en la provincia argentina del Neuquén desde Aluminé-Moquehua hasta el sur neuquino, mientras que por el este se ha encontrado rasgos adscribibles a este estilo alfarero en las inmediaciones del Parque Nacional Copahue<sup>115</sup>.

En relación con las áreas de emplazamiento de los yacimientos, las ocupaciones costeras septentrionales se localizan en terrazas marítimas altas y asociadas a cursos de agua o sectores de humedales, con significativa provisión de recursos. En el caso de la isla Mocha, e interrelacionando la información arqueológica con el análisis de dispersión de carbones, se ha interpretado la mayor presencia de restos carbonizados hacia el año 300 d.C., como una señal del inicio de la ocupación alfarera y horticultora que requiere la quema de bosques para sus prácticas económicas<sup>116</sup>. Hasta ahora, las primeras dataciones claras de sitios arqueológicos cerámicos de la isla Mocha corresponden a 700 años d.C., definiendo la primera fase agroalfarera de la isla<sup>117</sup>, que da cuenta de prácticas de navegación durante el alfarero temprano<sup>118</sup>. En el Cautín, los cementerios se emplazan asociados a las cuencas fluviales y a distancias variadas de los cursos de agua, en lomajes suaves o sectores planos y recurrentemente con visibilidad hacia los volcanes o cerros locales significativos como el Conuhenu. Entre ellos se cuentan los grandes cementerios de Lof Mahuida y Licanco Chico<sup>119</sup>, y en Labranza el sitio Villa JMC-1<sup>120</sup>. En la zona lacustre los sitios suelen localizarse a una cota entre los 250 y los 350 msnm y también en valles interiores de las cuencas lacustres y fluviales como ocurre con

<sup>111</sup> Sánchez M. 1997; Sánchez M. *et al.* 2004; Quiroz y Sánchez 2005. De la zona de Concepción se conocen piezas resguardadas en la Colección Stomm, mientras que otras piezas aisladas provendrían del entorno de la ciudad.

<sup>112</sup> Mera y Adán 2000; Dillehay (ed.) 2010.

<sup>113</sup> Sánchez *et al.* 1981-82; Inostroza y Sánchez 1984; Gordon 1984; Mera y Adán 2000; Ocampo *et al.* 2004.

<sup>114</sup> Menghin 1959-60; Berdichewsky y Calvo 1972-73; Adán y Mera 1997a; Adán *et al.* 2004; Reyes *et al.* 2003-2004; Mera *et al.* 2010.

<sup>115</sup> Hajduk 1978, 1986; Alborno y Hajduk 1999; Hajduk *et al.* 2011; Pérez y Reyes 2009; Pérez 2011. Hajduk *et al.* (2011: 273) han destacado que el registro de esta cerámica suele ser escaso, mientras que en sus trabajos, Pérez y colaboradores, han profundizado en la presencia de rasgos diagnósticos de esta alfarería como la impronta de hojas o rasgos modelados de tipo anfibomorfo (Pérez y Reyes 2009; Pérez 2010, 2011; Pérez *et al.* 2012).

<sup>116</sup> Le Quesne *et al.* 1999 : 44-45.

<sup>117</sup> Sánchez M. *et al.* 2004.

<sup>118</sup> Hasta la fecha, salvo las dataciones de la isla Victoria en el lago Nahuelhuapi que ya hemos mencionado, no se conocen dataciones absolutas sobre embarcaciones nativas de ese periodo pero sí un conjunto de evidencias indirectas. Cfr. Vásquez 1997; Constantinescu 1997; Carabias *et al.* 2007, 2010; Lira 2007, 2009; Lira *et al.* 2012.

<sup>119</sup> Ocampo *et al.* 2004.

<sup>120</sup> Munita *et al.* 2011; Mera 2014.

Challupen Alto-1 y Lliu-Lliu-1<sup>121</sup>. También se han localizado sitios adscribibles al periodo en sectores cordilleranos de Curarrehue, como lo documenta el sitio Rilul-1 (800 msnm), y en Lonquimay en el sitio Pichipehuenco a una cota de 1.000 msnm asociado a pinalerías y una ocupación de tipo veranadas<sup>122</sup>. El registro de la cuenca del río Valdivia da cuenta de ocupaciones altoandinas en la zona del Lacar, como en el piedemonte andino occidental en los lagos de Calafquén, Panguipulli, Riñihue, en el curso medio del río San Pedro en la ciudad de Los Lagos, en la zona de Loncoche<sup>123</sup>, y en la cercanía de la ciudad de Valdivia el sitio Santa María-1<sup>124</sup>. De los estudios disponibles, el alero Ollita Encantada-1 en la costa, al norte de la desembocadura del Valdivia, cuenta igualmente con dataciones tempranas<sup>125</sup>.

Un estudio más acucioso de las evidencias de los sitios de cementerio ha confirmado la suposición que ellos serían asentamientos separados y distantes de los sitios habitacionales, aunque una relación directa y espacial aún no ha podido ser determinada. De todas maneras una visión comparativa de los cementerios de la cuenca del Cautín y aquellos de ámbitos lacustres ha documentado diferencias significativas sobre todo respecto a su envergadura. Cementerios como Licanco Chico y Lof Mahuida en la cuenca media del Cautín vinieron a doblar la cantidad de vasijas existentes en las colecciones museológicas a principio de la década de los años 1990, señalando la existencia de grandes asentamientos fúnebres que comprometerían una comunidad, o grupo social que elige un lugar de culto y conservación de sus difuntos, bastante más amplia o populosa que aquellas identificables en los cementerios de los sectores lacustres. Esta diferencia acusaría una diversificación de los sistemas sociales adscribibles al Periodo Alfarero Temprano desde alrededor del 800 d.C. en adelante<sup>126</sup>.

El conjunto alfarero de piezas completas, analizado en colecciones museológicas y provenientes de sitios de funebria, ha permitido conocer la destreza técnica y valoraciones estéticas de sus creadores y portadores. Se conocen 18 tipos formales que incluyen jarros, ollas, vasos, cuencos, jarros asimétricos y modelados complejos (Figuras 3 y 4)<sup>127</sup>. La distribución cronológica de estos tipos se organizó en tres clases de agrupaciones. La más temprana se encontraba dominada por piezas monocromas, con una baja proporción con piezas modeladas o decoradas en “técnica negativa”<sup>128</sup>. Entre las vasijas modeladas se registraron algunas con un asa volumétrica lateral o “asa mango”, tipo que se pierde hacia el final de la secuencia; otras con una representación anfibiomorfa como prolongación del asa, en baja proporción; y otros que presentaban representaciones figurativas anfibiomorfas “naturalistas” que comprometerían la totalidad de la pieza. Respecto de la decoración negativa la única modalidad presente fue la radiada con líneas verticales. Una subclase de este primer conjunto, dominado por piezas monocromas, se definió por aquellos sitios en los que aparecían con mayor profusión diversas variedades de modelados como los anteriores, además de figurativos zoomorfos que afectaban la totalidad de las piezas, como la “tagüita” de Challupén, modelados antropomorfos y “caritas” antropomorfas en el gollete. La dispersión temporal de este conjunto fue más ubicua abarcando gran parte de la secuencia. Un tercer tipo de asociación, situado más tar-

<sup>121</sup> Mera *et al.* 2010; Gallego 2011.

<sup>122</sup> Reyes *et al.* 2003-2004; Adán *et al.* 2003; Adán y Mera 2011.

<sup>123</sup> Mera y Munita 2006.

<sup>124</sup> Mera y Adán 2000.

<sup>125</sup> Adán, Mera, Bahamondes y Donoso 2007.

<sup>126</sup> Adán y Mera 2011.

<sup>127</sup> Adán y Mera 1997a; Adán y Alvarado 1999; Adán 2000.

<sup>128</sup> Este término se empleó de acuerdo con Castro y Varela 1990: 83, 96.

díamente, indicaba la disminución del dominio de las piezas monocromas, consecuentemente con una mayor presencia de piezas bicromas rojo negro con la partición del cuerpo en dos campos y la aparición de las modalidades radiadas y estrelladas en “técnica negativa”.

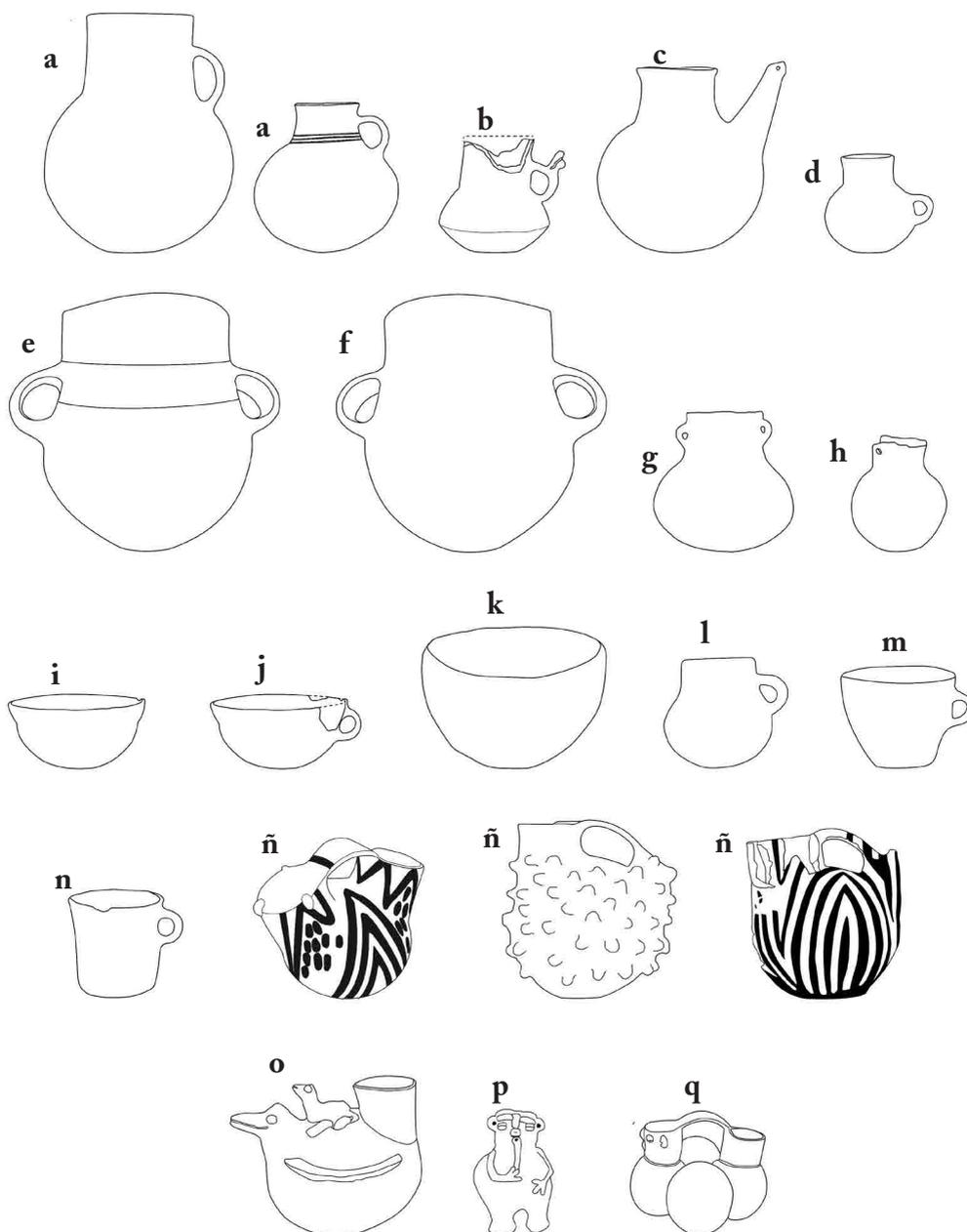


Figura 3. Tipología formal Pitrén: a) Jarros simétricos; b) Jarro bitroncocónico; c) Jarro asa-mango; d) Jarro asa en el cuerpo; e-f) Ollas con y sin incisiones cuello-cuerpo; g-h) Botellas con y sin asas de suspensión; i-j) Escudillas con y sin asa; k) Cuencos; l-n) Tazas de cuerpo esférico u ovoide, tazas de cuerpo troncocónico, tazas de cuerpo cilíndrico; ñ) Jarros asimétricos monocromos, modelados y decorados con técnica negativa; o-q) Formas restringidas complejas que incluyen modelados antropomorfos (Fuentes: Adán y Mera 1997; Adán y Alvarado 1999).

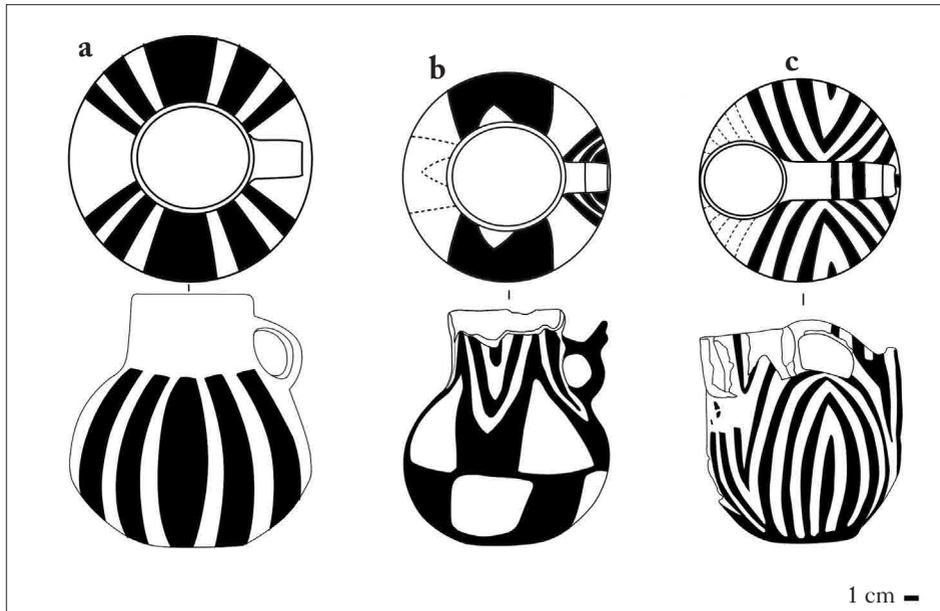


Figura 4. Variantes de la decoración en técnica negativa rojo-negro Pitrén: a) Radial; b) Estrellada; c) En cruz (Fuentes: Adán y Mera 1997; Adán y Alvarado 1999).

Posteriores trabajos enriquecieron dicha tipología. Los estudios en los sitios Licanco Chico y Lof Mahuida en Temuco permitieron la inclusión de una variedad especial de jarros denominados *pichimetawe*<sup>129</sup>, espléndidas manufacturas a modo de miniaturas. El registro de algunas nuevas variedades entre la categoría formal de jarros y los modelados complejos, como aquella pieza con seis golletes de Villa JMC-1, o el vaso doble gollete de Huimpil, han ampliado la diversidad formal de cada tipo, evidenciando la existencia de patrones formales conocidos y flexibilidad para la innovación en formas excepcionales del arte alfarero de este periodo. La presencia de improntas de hojas en la superficie de las vasijas ha sido analizada, sugiriéndose diferentes hipótesis respecto de la forma en que este resultado fue obtenido, que coinciden en la intención decorativa de este rasgo<sup>130</sup>.

La secuencia expuesta da cuenta de significativas indicaciones acerca de los sistemas de representación y los contextos sociales en que estas piezas fueron manufacturadas y emplea-

<sup>129</sup> Ocampo *et al.* 2004.

<sup>130</sup> Pérez *et al.* (2012: 600-601), sobre la base de estudios experimentales proponen que el resultado de impronta de hojas habría sido producido de manera intencional y no podría ser resultado de un producto involuntario de la cocción. Sus experimentos les permiten concluir que las hojas en sí mismo no constituyen un material resistente y se volatilizan en la exposición directa a la combustión. En tal caso, se establece que esta modalidad estilística requeriría de una intervención antrópica intencionada y de la aplicación de una sustancia cobertora, privilegiándose el uso de arcilla líquida, en diferentes tipos de cocción. No se trataría de una técnica estandarizada, apreciándose significativa variación interna. Por su parte, Barrientos (2013) ha sugerido que la obtención de este resultado decorativo correspondería a una forma de cocción de las vasijas como lo juzga a partir de la ubicuidad en la que aparecen estas improntas, el nivel de nitidez, la aplicación de la técnica negativa rojo-negro sobre estas improntas. Su análisis le permite reconocer que la impresión mayoritaria es *Nothofagus* sp. (roble, ñirre, lenga) y en menor medida especies como *Eucryphia cordifolia* (ulmo) o *Aextoxicon punctatum* (olivillo). La selección de las maderas combustibles para la práctica de cocción de estas piezas reflejaría una clara intencionalidad, fundamentalmente sobre la base de su potencia calorífica, acusando un significativo conocimiento botánico tradicional (Barrientos 2013: 112-117).

das. Uno de los primeros aspectos que salta a la vista, en comparación con las expresiones alfareras de la Tradición Bicroma Rojo-Blanco del Periodo Tardío, es el nivel de visibilidad de las piezas Pitrén, diseñadas y construidas para que su simbolismo sea apreciado en grupos más pequeños y a distancias menores<sup>131</sup>, lo que hace pensar en ritos y ceremonialismos más dirigidos y concentrados a pequeñas agrupaciones. La presencia del motivo anfibiomorfo en sus diferentes modalidades se encuentra presente desde tempranos momentos añadiéndose hacia el siglo VIII la práctica de modelar figuras humanas, generalmente mujeres, en los modelados completos, que señala una valoración e interés de representar la figura humana antes inexistente (Figura 5). A su vez, la distinción del campo compositivo del cuerpo en dos secciones en las piezas con técnica negativa es igualmente diagnóstica de momentos tardíos, junto a disposiciones radiales y estrelladas que se harán sumamente frecuentes en el periodo siguiente y que pueden ser entendidas como la codificación de sistemas ideacionales.

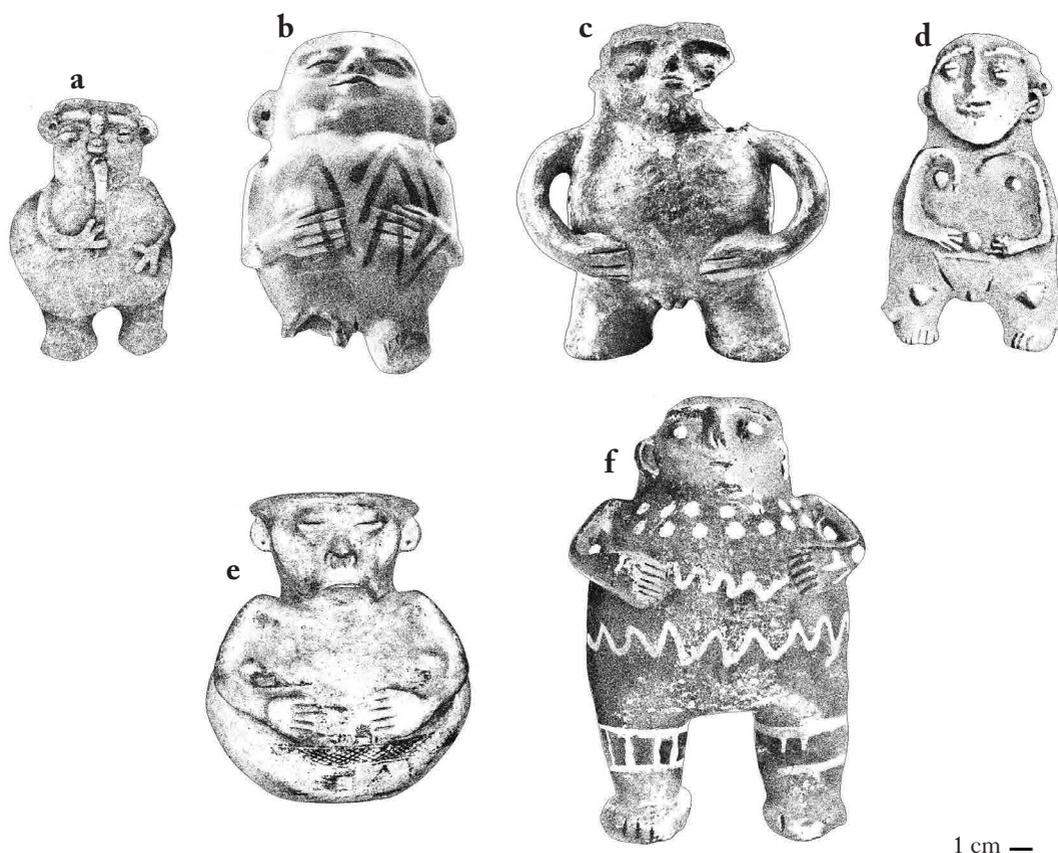


Figura 5. Representaciones antropomorfas en alfarería: a-d) Modelados antropomorfos del complejo Pitrén: a) Challupén-2; b) Los Lagos-1 con decoración en técnica negativa; c) Lof Mahuida, d) Villa JMC-1; e) Botella con asas en suspensión y rasgos antropomorfos estilo Valdivia, Los Lagos; f) Estilo Tringlo, probablemente de la costa norte de Valdivia (Fuente: Adán 2014).

<sup>131</sup> Cfr. Bowser y Patton 2004.

La relación de la alfarería Pitrén con Llolleo (complejo cultural desarrollado en Chile Central) planteada en investigaciones previas<sup>132</sup> ha sido analizada sistemáticamente, documentándose estrechas similitudes entre vasijas completas Pitrén y Llolleo, fundamentalmente en jarros simétricos y asimétricos, que corresponden justamente a aquellas piezas empleadas en contextos rituales y de consumo de bebidas<sup>133</sup>. Estas similitudes serían más evidentes en el plano de las prácticas más inconscientes o de lo “no visible”, aunque también se expresarían en asociaciones de técnicas y motivos decorativos compartidos. Pese a estas similitudes se observa una mayor variabilidad formal en Pitrén, en las categorías formales descritas, a diferencia de Llolleo, donde se daría una producción más estandarizada.

Desde la sistematización de Aldunate en 1989 un importante avance fue la diversificación de los tipos de sitios estudiados, ampliándose las excavaciones a los sitios abiertos o reparos rocosos que han permitido conocer los conjuntos domésticos y sus tecnologías. En el caso de la fragmentería alfarera en sitios de los lagos precordilleranos, se hizo evidente la inadecuación de los marcos histórico-culturales para avanzar en la comprensión de los desarrollos prehispánicos del área. Los estudios efectuados indicaron la existencia de modos de hacer o estilos tecnológicos alfareros de producción local en sitios que, si bien presentaban dataciones tardías, conservaban rasgos que los filiaban a los desarrollos alfareros tempranos, lo cual se evidencia en el patrón de pastas ocupado como en la permanencia de categorías morfológicas<sup>134</sup>. En una perspectiva complementaria, se han analizado los conjuntos alfareros como parte de la cultura material de poblaciones con un sistema eminentemente cazador-recolector, cuyas características señalarían estrategias de movilidad de tipo logístico, otorgándole mayor diversidad al planteamiento de la Tradición Arqueológica de Bosques Templados para estos momentos<sup>135</sup>. Tales resultados han permitido configurar un panorama en que el patrón de asentamiento integra diferentes clases de sitios a nivel local, algunos de ellos de carácter permanente o semipermanente. Tales sistemas participan en esferas de interacción mayores, distinguibles, entre otros, en indicadores como las variedades de obsidiana en circulación<sup>136</sup> y la presencia de la modalidad de impronta de hojas hasta sectores transandinos<sup>137</sup>.

Respecto de la industria lítica, un rasgo característico del periodo es la amplia dispersión territorial de rocas de origen volcánico y silíceas, lo que se interpreta como la participación de estas sociedades en vastas esferas de interacción, recurrentemente asociadas a materias primas locales. Las diferencias de los conjuntos tienen relación con la naturaleza de los asentamientos y su área de emplazamiento. En el sitio P31-1 de Isla Mocha se observa el uso predominante del basalto, indicando el uso local de materias primas y un predominio de la percusión bipolar<sup>138</sup>. El sitio P5-1 con dataciones de 900 años d.C. y 1.300 años d.C. muestra un conjunto lítico más completo que incluye principalmente subproductos y elementos del proceso de talla, como también un número mayor de instrumentos formatizados como puntas de proyectil, tajadores, perforadores e instrumentos de molienda. Como en el caso anterior, predomina el basalto pero también se ocupan areniscas, cuarzo, sílex y obsidiana. Estas últimas, de origen

<sup>132</sup> Aldunate 1989; Dillehay 1990a, 1990b; Falabella y Planella 1979; Falabella y Stehberg 1989.

<sup>133</sup> Correa 2009, 2010a.

<sup>134</sup> Reyes *et al.*, 2003-2004; Becerra y Reyes 2005.

<sup>135</sup> Gallego 2011: 110-112.

<sup>136</sup> Stern *et al.* 2009.

<sup>137</sup> Pérez y Reyes 2009.

<sup>138</sup> Jackson 1997b; Sánchez M. 1997.

alóctono, se encuentran representadas por puntas de proyectil y desechos de talla. En el caso de las ocupaciones lacustres los análisis han indicado igualmente el predominio de materias primas locales, en este caso andesitas, basaltos y porcentajes menores de obsidianas o sílices<sup>139</sup>. Los conjuntos estudiados dan cuenta de expresiones en las que se combinan estrategias de curation, expeditividad y oportunismo<sup>140</sup>, disminuyendo las prácticas oportunistas o situacionales registradas en contextos del componente Arcaico como Marifilo-1. Los registros evidencian artefactos como puntas de proyectil, cuchillos, raederas, pulidores, manos de moler, entre otros. Son destacables los estudios que han permitido la caracterización del trabajo sobre la madera en materiales de los sitios Los Resfalines-1, Marifilo-1, Pucón VI, entre otros<sup>141</sup>. Una visión comparativa que ha intentado quebrar la visión homogeneizante del territorio cordillerano denota las diferencias entre las regiones más cercanas a los nevados de Sollipulli, fuente de provisión de obsidiana y configurador de un significativo paisaje lítico regional, en que la frecuencia de este material es mucho mayor en comparación con aquellas más distantes y meridionales, señalando esferas de interacción diferenciadas. La distribución de la obsidiana se ha constituido como un significativo indicador de movilidad e interacción considerando aquellas fuentes reconocidas como las mencionadas de Sollipulli, y otras de Portada Covunco, Lolog y Lacar<sup>142</sup>.

En relación con las puntas de proyectil de este período, si bien los sitios estudiados no cuentan con descripciones cronológicas finas que permitan distinguir con claridad los componentes alfareros tardíos de los tempranos, es posible definir una tecnología de proyectiles con una diversidad de formas con puntas triangulares de base escotada y con aletas, otras pedunculadas y algunas de base ligeramente cóncava, con longitudes entre los 200 y 400 mm. Se observa una evidente predilección de materias primas de grano fino de origen volcánico como obsidianas, sílices y calcedonias, que indican la circulación y contacto entre poblaciones<sup>143</sup>.

La reciente excavación del sitio Villa JMC-1 en Labranza, emplazado en la cuenca del Cautín y datado hacia el año 1.000 d.C., ha permitido conocer sobre el uso de textiles y metalurgia durante el complejo Pitrén<sup>144</sup>. En el cementerio se identificaron los restos de una pieza ornamental a modo de collar elaborada con material conquiológico, particularmente ostión del Pacífico, unidos con un cordón torcido de fibras vegetales y un fragmento textil elaborado con fibras animales que corresponderían a alpaca (*Lama pacos*)<sup>145</sup>. Junto con ello se recuperaron nueve aros de cobre correspondientes a aros de gancho circular con apéndice inferior en espiral plano, aros de gancho elíptico y apéndice inferior campaniforme y aros circulares simples, los cuales fueron elaborados con alambres y fundidos en cobre de alta pureza (Figura 6)<sup>146</sup>. Las piezas presentan una estrecha similitud con piezas recuperadas en el sitio Chenque I, en Lihue Calel, Argentina, en enterratorios de data similar<sup>147</sup>, lo que señala el uso por las poblaciones alfareras tempranas de esta clase de adornos metálicos, si bien no está claro si su producción es de origen local o foráneo.

<sup>139</sup> Mera y Becerra 2002; Mera *et al.* 2010.

<sup>140</sup> Mera y Becerra 2002.

<sup>141</sup> Cordero 2009, 2010; Navarro *et al.* 2010.

<sup>142</sup> Belleli *et al.* 2008; Stern *et al.* 2008; Stern *et al.* 2009; López *et al.* 2009.

<sup>143</sup> Berdichewsky 1968; Valdés *et al.* 1985; Sánchez e Inostroza 1985; Jackson 1997b; Mera y Becerra 2002; Becerra y Reyes 2005; Mera *et al.* 2010.

<sup>144</sup> Mera 2014.

<sup>145</sup> Bracchitta y Seguel 2009 en Mera 2014.

<sup>146</sup> Munita *et al.* 2011.

<sup>147</sup> Berón *et al.* 2012.

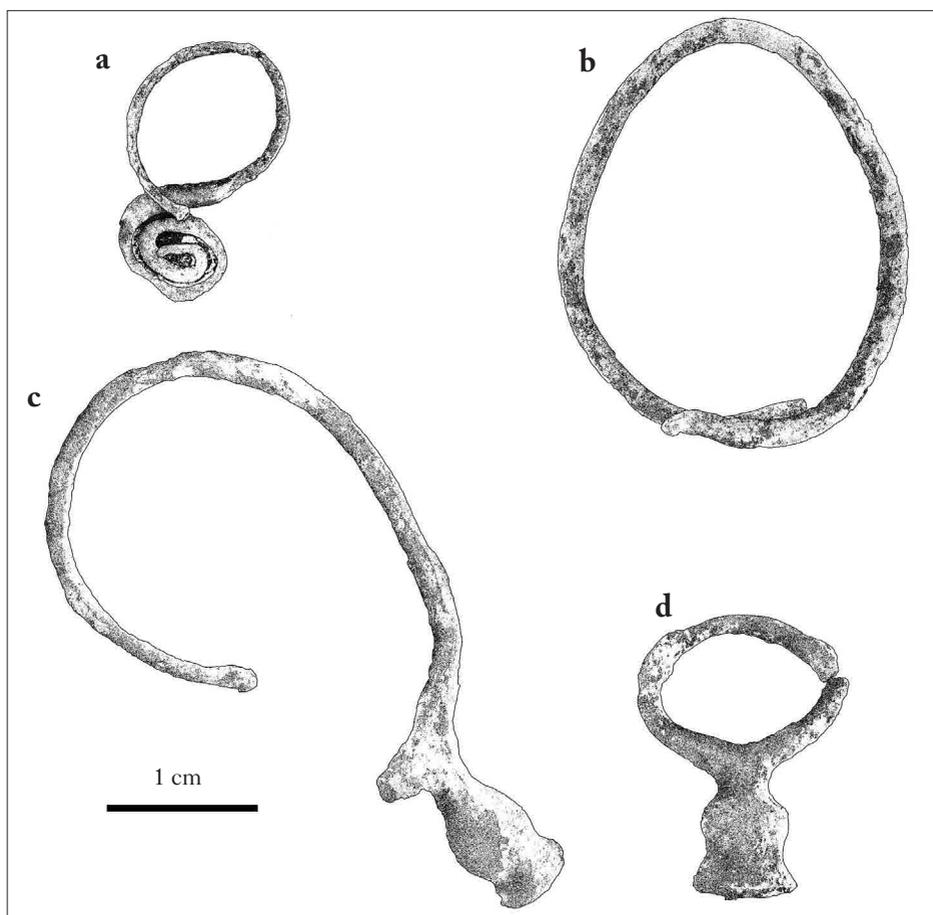


Figura 6. Aros de cobre recuperados del sitio Villa JMC-1, Labranza, complejo Pitrén: a) Aro con pendiente en forma de espiral; b) Aro circular; c-d) Aros con pendiente en forma de campana (Fuente: Mera *et al.* 2015).

El conocimiento de la producción de cultígenos por parte de los portadores de cerámica Pitrén, que le otorgaría el carácter agroalfarero al periodo, ha sido una temática de investigación particularmente esquivada. El manejo de recursos vegetales de recolección ha sido documentado en análisis carpológicos y antracológicos que demuestran el uso comestible, además de otros medicinales, artesanales y constructivos, mediante el registro de una amplia variedad de taxones propios de los bosques templados regionales<sup>148</sup>. Presencia de *Chenopodium* sp. o *Chenopodium* cf. *quinoa* ha sido identificada en sitios de los lagos Villarrica y Calafquén, Flor del Lago-1 y Los Chilcos<sup>149</sup> y también en la isla Mocha en la fase I identificada en el sitio P-5-1<sup>150</sup>, mientras que en el sitio Villarrica W10 fueron registrados restos de maíz (*Zea mays*) hacia el año 1.000 d.C.<sup>151</sup>. Complementariamente, estudios de fitolitos sobre restos cerámicos prove-

<sup>148</sup> Solari *et al.* 2004; Lehnebach *et al.* 2008; Silva 2010.

<sup>149</sup> Adán y Reyes 2000.

<sup>150</sup> Sánchez M. *et al.* 2004.

<sup>151</sup> Adán y Mera 2011.

nientes de sitios del lago Meliquina en el sector oriental andino y fechados entre los 1.000 y 1.300 años d.C. señalan la presencia de maíz en contextos australes y cordilleranos<sup>152</sup>. Los análisis bioantropológicos existentes documentan dietas mixtas con indicaciones de ingestas con abundantes hidratos de carbono<sup>153</sup>, mientras que las industrias líticas dan cuenta del trabajo sobre vegetales con instrumentos para cortar-raer, cortar-raspar y otros dirigidos a la molienda.

#### 4.3. *Acercamiento al mundo social e ideacional de las poblaciones del Alfarero Temprano*

Aspectos del sistema social, del sentido estético y de las opciones y valoraciones culturales de las poblaciones del complejo Pitrén han sido abordados en un conjunto de estudios, pese a las dificultades que plantean tales inferencias, proponiendo miradas más integradoras sobre la historia del Alfarero Temprano regional. Tales antecedentes han sido contrastados y apoyados en formulaciones teóricas de diversa índole: estudios etnológicos sobre comunidades humanas similares, como también antecedentes históricos de las poblaciones originarias del territorio mapuche. El material funerario ha sido, sin lugar a dudas, uno de los más explorados. Se ha destacado en este caso, pese a las diferentes envergaduras de los asentamientos, el sentido de comunidad que ellos expresan, lo que, veremos en el periodo siguiente, eclosiona en una mayor variabilidad de prácticas funerarias, seguramente expresión de diferentes identidades culturales<sup>154</sup>. Las áreas de emplazamiento, la valoración de los sectores altos y la visibilidad hacia volcanes u otros hitos relevantes del ambiente dan cuenta de una significación cultural del paisaje en la que el oriente, tal como se documentará para periodos tardíos, constituiría un lugar ordenador y generador<sup>155</sup>.

Las variedades decoradas de los tipos alfareros han sido igualmente analizadas desde un punto de vista simbólico. Clásicos son los trabajos en los que Dillehay y Gordon<sup>156</sup> estudiaron el potencial simbólico de ciertas representaciones, particularmente aquellas de jarros asimétricos o “jarro pato”, que señalarían la presencia femenina e inclusive de alguna especialista religiosa. Por su parte Mera y Mera y Lobos<sup>157</sup> han profundizado sus estudios acerca de las representaciones anfibiomorfas recurrentes en las vasijas Pitrén, las que vinculan con nociones de fertilidad, con la valoración de zonas de humedales o de cursos de agua e inclusive con propiedades mágicas o psicotrópicas de especies de anfibios. La aparición de representaciones humanas en las vasijas funerarias, femeninas en su gran mayoría y posteriores al siglo IX d.C., dan cuenta de un cambio en la preponderancia que adquiriría la figura individual y el surgimiento de ciertos roles en contextos sociales diversificados y complejos. El ritual funerario, reiterado comunitariamente sobre un mismo lugar elegido y creado, toma cuerpo en la participación de códigos simbólicos compartidos, los cuales se evidencian en la alfarería y seguramente en otros materiales y prácticas sociales. Allí se registran códigos “visibles” y otros propios de las prácticas tecnológicas más inconscientes<sup>158</sup>, que en cualquier caso son elaborados para ser vistos por comunidades pequeñas y bien congregadas.

<sup>152</sup> Pérez y Erra 2011.

<sup>153</sup> Adán y Reyes 2000; Ocampo *et al.* 2004.

<sup>154</sup> Adán y Mera 2011.

<sup>155</sup> Grebe *et al.* 1972-73.

<sup>156</sup> Dillehay y Gordon 1979; Gordon 1985a.

<sup>157</sup> Mera 2000; Mera y Lobos 2008.

<sup>158</sup> Correa 2009.

El asunto de las prácticas y estilos tecnológicos, mayoritariamente estudiados para la cerámica, señala producciones locales enraizadas con conocimientos territoriales y mantenida mediante la transmisión generacional ajustada a patrones<sup>159</sup>, junto a variaciones identitarias locales que podrían explicarse sobre la base de la articulación de redes parentales.

Una visión comparativa de los desarrollos lacustres y aquellos del valle medio del Cautín denota diferencias significativas en las envergaduras de los asentamientos fúnebres, como en otro conjunto de indicadores arqueológicos, que ha permitido sugerir que desde el año 800 d.C. se evidenciarían disímiles niveles de heterogeneidad en las estructuras sociales de las poblaciones alfareras tempranas, posibilitando desarrollos distintos e inclusive divergentes. Las poblaciones del Cautín transitarían hacia comunidades más amplias con la consecuente existencia de una mayor diversidad de roles y estrategias de control y toma de decisiones en contextos de múltiples jerarquías (heterarquía). La expresión de las sociedades filiadas al complejo Pitrén en la zona lacustre tendría lugar entre poblaciones o comunidades más reducidas, con estrategias más conservadoras en sus prácticas económicas y desarrollos tecnológicos, al menos en la alfarería, con una menor heterogeneidad social y consecuentemente una mayor preeminencia de las dinámicas jerárquicas<sup>160</sup>. Los cambios ocurridos en el periodo siguiente se expresarían entonces de manera diferencial en cada territorio.

## 5. El peso de la tradición y las formas de la innovación en el Periodo Alfarero Tardío

La presencia de cerámica decorada rojo sobre blanco, un uso intensificado de adornos metálicos y una variedad de prácticas funerarias, son elementos que en parte habían sido identificados por Medina, Latcham, Guevara y Joseph, sin embargo solo desde mediados del siglo XX estos serían configurados en una unidad cultural. Dillman Bullock<sup>161</sup> propone que la inhumación en urnas corresponde a una sociedad previa al arribo europeo, nominada como cultura Kofkeche<sup>162</sup>, la que se extendería desde el Biobío al Toltén. En 1959-60 Menghin plantea la existencia del Vergelense, “modalidad cultural” que se extendería desde al menos el año 1.400 y hasta el año 1.550 d.C., concentrándose en las provincias de Biobío, Malleco y Cautín.

La propuesta de Menghin introduce elementos y problemáticas hasta ahora vigentes, como aquel de la diversidad de prácticas funerarias, para lo cual propone desarrollos contemporáneos en el Vergelense y el Tiruanense, caracterizado el primero por la ocurrencia de grandes urnas y el segundo por el entierro en cistas y concentrado en las provincias de Concepción, Arauco, Ñuble y Malleco. Esta característica del Alfarero Tardío sería constatada en las síntesis de Aldunate y de Dillehay<sup>163</sup>, que añaden una tercera modalidad funeraria, la del entierro en canoas de madera, cuyo carácter prehispánico es documentado en Padre Las Casas<sup>164</sup> en los estudios de Gordon. La diversidad cronológica y cultural del Vergelense es también motivo de sistematización por parte de Menghin, quien lo segrega en dos fases, su-

<sup>159</sup> Cfr. Reyes *et al.* 2003-2004; Reyes V. 2009, 2010.

<sup>160</sup> Adán y Mera 2011.

<sup>161</sup> Bullock 1955.

<sup>162</sup> Bullock 1970.

<sup>163</sup> Aldunate 1989; Dillehay 1990a, 1990b.

<sup>164</sup> Gordon 1978.

giriendo que el Vergelense II manifestaría influencias incaicas. El Valdiviense representaría la modalidad propia de los momentos poscontacto indígena-hispano<sup>165</sup>.

El estudio del Periodo Alfarero Tardío y su situación como sustrato prehispánico de las poblaciones reche-mapuche<sup>166</sup> ha sido referido con disímiles niveles de profundidad en estudios históricos o de antropología histórica<sup>167</sup>, como también en trabajos desde la arqueología que han buscado la integración y la definición de los procesos en que ocurren continuidades y rupturas<sup>168</sup>. Otros enfoques relevantes que han acompañado el estudio de estas sociedades son aquellos referidos a la reconstrucción ambiental y cubierta vegetacional de aquellos periodos que ha permitido una definición del paisaje y sus transformaciones en periodos prehispánicos e históricos<sup>169</sup>.

### 5.1. *Desarrollos septentrionales, meridionales y cordilleranos y sus expresiones culturales*

El Alfarero Tardío en el sur de Chile puede ser entendido como un periodo de alto dinamismo en el que concurre un conjunto de procesos sociales y económicos que generan un escenario de importante complejidad social. Durante este periodo, los tres grandes sectores identificados para la región Centro-Sur de Chile –septentrional, meridional y oriental– cobran su mayor definición y en cierta medida logran su mejor estructuración en términos culturales. El sector septentrional es el que ha sido mayormente estudiado, y es donde se desplegó con total propiedad el conjunto de elementos que caracterizan al complejo El Vergel. Para el sector meridional, al sur del Toltén, y cordillerano en cambio, la expresión arqueológica y material de este periodo se encuentra aún escasamente definida. En el sector lacustre cordillerano del lago Calafquén se han confirmado las propuestas de Aldunate en torno a una expresión tardía del complejo Pitrén, sin perjuicio que se trate de poblaciones que adquieren caracteres propios de las sociedades tardías como aquel de una producción agrícola u hortícola más estable<sup>170</sup>. En cualquier caso se ha hecho patente la precaria resolución histórica que se logra buscando exclusivamente el ajuste a denominaciones histórico-culturales. La expresión arqueológica de las grandes poblaciones, asentadas en sectores donde se fundaron tempranas ciudades o plazas hispanas como por ejemplo Valdivia o La Imperial<sup>171</sup>, es aún prácticamente desconocida.

El inicio de este periodo está marcado por un notorio cambio en los estilos decorativos de la alfarería, por la aparición de una diversidad de patrones funerarios, por la consolidación de una tradición de trabajos de metales, y por un incremento en la producción y manejo de recursos, documentado aún muy parcialmente. Lo anterior se relaciona con un muy posible aumento poblacional, que ocasiona que los sitios de este periodo sean extensos y ubicuos. Estos cambios se han situado cronológicamente hacia el año 1.000 d.C., con evidencias de continuidad con el Periodo Alfarero Temprano, en un contexto de desarrollo heterogéneo regionalmente. En el otro extremo temporal este periodo, en tanto unidad arqueológica e histórica, y no así en la continuidad de sus poblaciones, concluye con la invasión europea en el año 1.550 d.C.

<sup>165</sup> Menghin 1959-60.

<sup>166</sup> *Sensu* Boccara 2007: 13-26.

<sup>167</sup> Bengoa 1996, 2003; Föerster 2004; Ortiz 2006.

<sup>168</sup> Castro y Adán 2001; Dillehay 2011; Campbell 2011; Adán 2014.

<sup>169</sup> Torrejón y Cisternas 2003; Torrejón *et al.* 2004; Camus y Solari 2008; Lara *et al.* 2012.

<sup>170</sup> Adán *et al.* 2003; Becerra y Reyes 2005.

<sup>171</sup> Cfr. Vivar 1979[1558]; Góngora Marmolejo 1862; Mariño de Lobera 1865.

y la instalación de las estrategias de ocupación y dominación española, mediante la fundación de ciudades y otros asentamientos y la irregular implementación del sistema de encomiendas.

Respecto de la cerámica se conoce en la actualidad la existencia de una Tradición Alfarera Bicroma Rojo sobre Blanco, en la cual se distinguen los estilos decorativos Vergel y Valdivia (Figura 7)<sup>172</sup>. Este esquema ha permitido comprender las relaciones de filiación entre ambas manifestaciones y establecer que el conjunto de motivos representados en Valdivia ya se encuentra desarrollado en El Vergel, aunque cambian las composiciones y disposiciones en las piezas. El estilo El Vergel se plasma en piezas simétricas, que recuerdan aún las formas Pitrén, en jarros asimétricos, recurrentemente con una base pintada roja, y en urnas pequeñas y grandes. Los fechados disponibles lo sitúan entre el año 1.000 d.C., para los primeros diseños, hasta el siglo XVI. El estilo Valdivia, más estandarizado y dispuesto principalmente en jarros, aunque no faltan platos y vasos, presentaría una mayor dispersión en la porción meridional y estaría presente hasta los siglos XVIII y probablemente el XIX. Son recurrentes además algunas piezas en sectores transandinos<sup>173</sup>. Aún no existen suficientes dataciones para situar cronológicamente ciertos tipos específicos y su comportamiento temporal. Uno de los rasgos más evidentes de esta alfarería pintada Valdivia es el alto grado de visibilidad y fuerte estandarización de su representación visual, lo que estaría relacionado con su uso ritual y social, probablemente en espacios de congregación o junta. Se ha propuesto además su condición de significante de la resistencia cultural indígena durante los periodos históricos<sup>174</sup>.

El estilo Ranco<sup>175</sup> o Tringlo ha sido documentado en la porción meridional en torno al río Bueno y el lago Ranco, en la costa de Valdivia y también en localidades de la Araucanía Septentrional como Temuco o Cañete. Las formas más conocidas son los platos, aunque también se decoraron de esta manera jarros, tazas y modelados complejos. Por algunas asociaciones documentadas en la localidad de Ranco, como por el predominio de platos formalmente europeos que presentan esta decoración, se ha supuesto una influencia hispana, no obstante que, dada la variedad de tipos formales en los que se presenta y la recurrencia del motivo estrellado presente en manifestaciones septentrionales previas al arribo español, no puede desestimarse su origen prehispánico (Figura 8).

En la costa septentrional, el primer fechado absoluto para poblaciones del Alfarero Tardío fue obtenido en el sitio Tubul I-A, en el Golfo de Arauco, para un contexto funerario con presencia de cerámica rojo sobre blanco, alrededor del año 1.250 d.C.<sup>176</sup>. La costa septentrional continental y los ecosistemas insulares han sido objeto de estudios sistemáticos con un enfoque dirigido a entender las estrategias adaptativas, documentándose una alta densidad de sitios. Para las ocupaciones costeras continentales se ha establecido la contemporaneidad de poblaciones adscribibles al complejo Pitrén con aquellas descritas como Vergel/Valdivia entre los años 900 y 1.200 d.C.<sup>177</sup>. En la isla Mocha la expresión Alfarero Tardío se identificaría a partir del año 1.200 d.C. y se mantendría hasta periodos poscontacto<sup>178</sup>. Una situación significativa está constituida por un conjunto de sitios, en la costa cercana a Concepción y en isla Quiriquina, con dataciones anteriores a los años 800 o 900 d.C., con presencia de cerámica bicroma

<sup>172</sup> Adán *et al.* 2005.

<sup>173</sup> Hajduk *et al.* 2011; Pérez 2011.

<sup>174</sup> Bahamondes 2010b.

<sup>175</sup> *Sensu* Franco 1960.

<sup>176</sup> Seguel 1973, 2000; Tamers 1973.

<sup>177</sup> Quiroz *et al.* 2005; Quiroz 2010.

<sup>178</sup> Sánchez M. *et al.* 2004; Quiroz 2003

y otra variedad tricroma rojo y negro sobre blanco<sup>179</sup>. En el sitio La Candelaria se ha reportado la existencia de estos tipos decorativos, lo que ha servido para profundizar las ideas respecto de la condición formativa de los desarrollos El Vergel y la participación de la región en un área de cotradición Andina Meridional<sup>180</sup>. La zona de Concepción ha sido abordada mediante la aplicación del concepto de eficiencia de desembocadura, proponiéndose como un foco de interdigitación de tradiciones y reforzamiento de los vínculos con desarrollos septentrionales<sup>181</sup>.

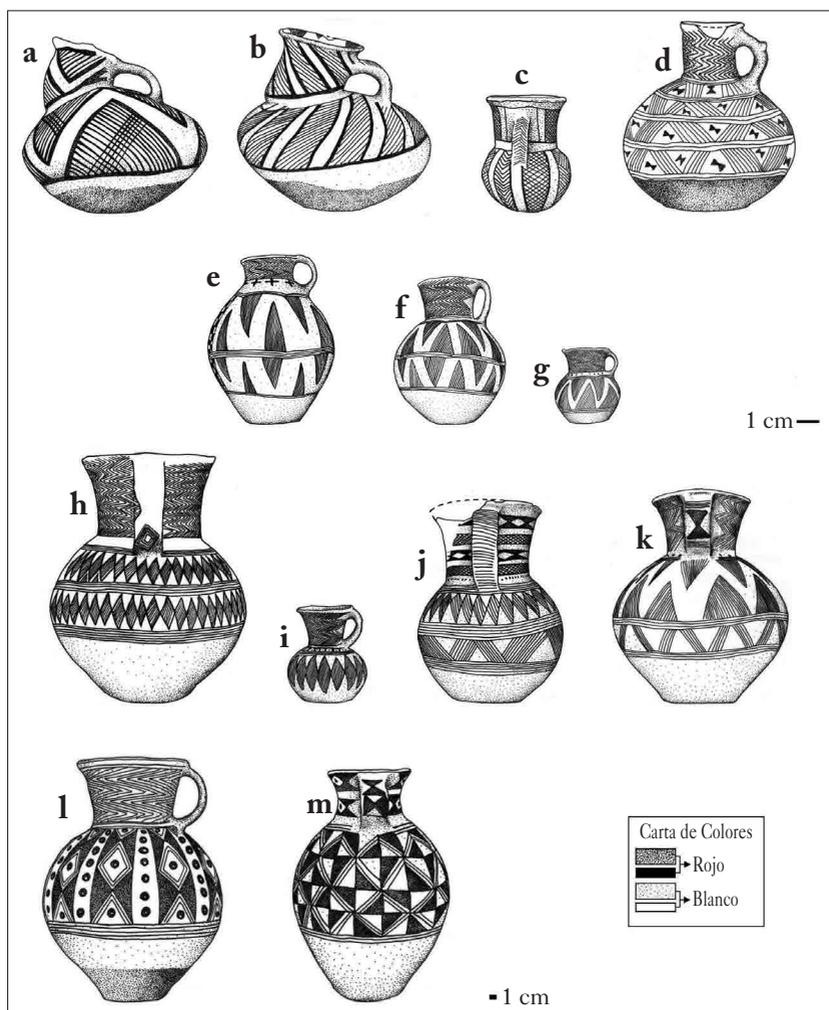


Figura 7. Tipos decorativos Tradición Bicroma Rojo sobre Blanco. Del estilo El Vergel: a) Tipo 8, superposición de triángulos cuello-cuerpo; b) Tipo 5, superposición de barras achuradas y/o zig-zag múltiple; c-d) Tipo 3, superposición de zig-zag múltiple. Del estilo Valdivia: e-g) Tipo 1, bandas de triángulos con líneas paralelas en oposición arriba-abajo; h-i) Tipo 4, rombos reticulados en uno o dos campos; j) Tipo 4, variante bandas superpuestas alternadas de rombos y otros diseños; k) Tipo 2, bandas superpuestas de triángulos y zig-zag múltiple; l) Tipo 6, sucesión de barras de clepsidras; m) Tipo 7, cuerpo con campos de aspas (Fuente: Adán et al. 2005).

<sup>179</sup> Bustos 1985; Bahamondes et al. 2006; Quiroz 2010; Bahamondes 2010a.

<sup>180</sup> Bahamondes et al. 2006; Bahamondes 2009, 2010a.

<sup>181</sup> Bahamondes et al. 2006.

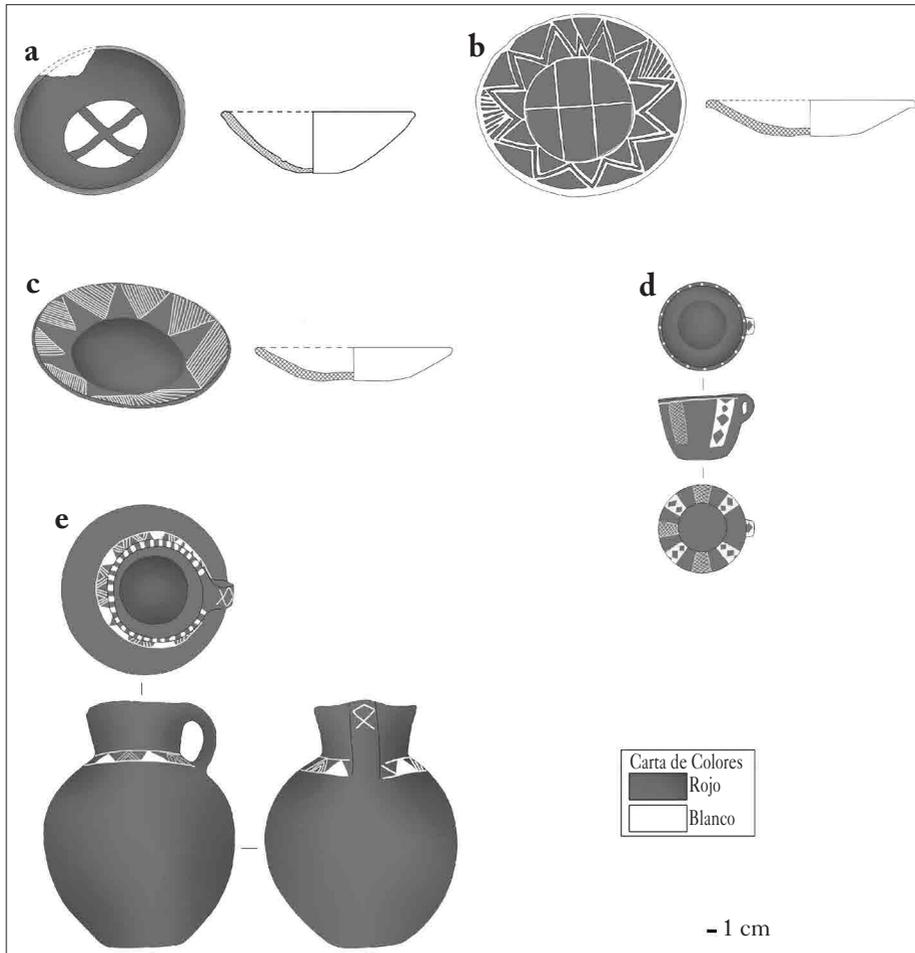


Figura 8. Vasijas decoradas estilo Tringlo: a) Tringlo borde rojo; b) Tringlo estrellado simple; c) Tringlo estrellado con triángulos rellenos con líneas paralelas; d) Tringlo radial en tazas; e) Tringlo estrellado en el cuerpo con triángulos rellenos y otros completados con líneas. (Fuente: Adán *et al.* 2015).

En términos de la naturaleza y emplazamiento de los asentamientos se ha registrado la valoración de ambientes de humedales asociados a las estribaciones occidentales entre la cordillera de Nahuelbuta y el océano Pacífico en que las poblaciones alfareras aprovecharían una gran variedad de recursos. El sitio El Arenal-1 documenta esta amplia orientación económica, observándose estrategias apropiativas como productivas; maíces, ceramios, ranas, quínoas y una significativa explotación del recurso camélido forman parte de la efectiva estrategia de subsistencia detectada<sup>182</sup>. Los conjuntos documentados en Isla Mocha permiten plantear, en comparación con el periodo anterior, que aunque existe un aprovechamiento del mar es evidente un incremento de las actividades hortícolas y ganaderas, acompañadas de una activa navegación para las labores de intercambio, lo que formaría una fase costera Vergel/Tirúa del complejo El Vergel<sup>183</sup>.

<sup>182</sup> Contreras *et al.* 2005.

<sup>183</sup> Quiroz 2010.

Líneas de evidencia más específicas son aquellas propuestas en estudios arqueobotánicos<sup>184</sup>, zooarqueológicos<sup>185</sup> y sobre el trabajo de metales<sup>186</sup>, concentrados igualmente en la porción septentrional. Los análisis zooarqueológicos sobre camélidos solo han reportado la presencia de guanaco para la Araucanía, proponiéndose la existencia de cierto “aguachamiento” de estos<sup>187</sup>. Un fragmento de textil en pelo de llama, identificado en el enterratorio de Alboyanco, junto con una herramienta de madera asociada al trabajo del tejido (Figura 9)<sup>188</sup>, además del registro etnohistórico, avalan el manejo de camélidos<sup>189</sup>. Por otra parte, el registro de Isla Mocha revela un vastísimo conjunto de herramientas manufacturadas en hueso, correspondiente a palas, agujas, pulidores, espátulas, anzuelos, torteras, adornos, entre otros, mayormente manufacturadas en huesos de guanaco y en menor medida de cetáceos y aves<sup>190</sup>.

Los estudios arqueobotánicos, por su parte, provienen casi exclusivamente de Isla Santa María, Isla Mocha, costa de Arauco y Purén-Lumaco, y han mostrado la presencia de especies cultivadas como quínoa (*Chenopodium quinoa*), maíz (*Zea mays*), fabáceas (*Fabaceae* aff. *Phaseolus*) y poroto (*Phaseolus vulgaris*), a la par de especies silvestres como *Rubus* sp. (miñemiñe o frutilla de la zorra), totora (*Typha angustifolia*, batro o totora), peumo (*Cryptocarya alba*), quilo (*Muehlenbeckia hastulata*) además de ciperáceas y poáceas, en sitios ubicados entre los 1.100 y 1.200 d.C.<sup>191</sup>. Las poáceas incluirían las gramíneas nativas como el magu (*Bromus mango*), el lanco (*Bromus stamineus*) y la teca (*Bromus berterianus*), descritas entre los cultivos históricos tempranos<sup>192</sup>.

El trabajo de metales muestra la elaboración de adornos en cobre y plata, combinando el trabajo sobre metales nativos como también técnicas metalúrgicas (Figura 10). Dos tipos de piezas dominan el conjunto, principalmente recuperado de contextos funerarios; por una parte los aros cuadrangulares con muesca, similares a los aros diaguitas, mientras que los aros circulares planos representarían una forma local. Ha sido propuesto que estos adornos pudieran reflejar distintos niveles de cohesión o identificación social. De hecho, los aros cuadrangulares con muesca han sido recuperados en toda la Araucanía y en urnas, cistas, canoas y entierros directos; en cambio, los aros circulares planos tienden a concentrarse hacia la costa, y a la fecha ninguno ha sido encontrado en una urna<sup>193</sup>.

Siempre enmarcados en la Araucanía septentrional, una segunda área con mayores estudios son aquellos territorios al oriente de la cordillera de Nahuelbuta en las zonas de Angol<sup>194</sup> y en los valles de Purén-Lumaco<sup>195</sup>. En la zona de Angol y desde los trabajos de Bullock, lamentablemente ha habido escaso avance, salvo el excepcional hallazgo de la urna de Alboyanco<sup>196</sup> y los estudios morfológicos sobre estas grandes vasijas<sup>197</sup>.

<sup>184</sup> Rojas y Cardemil 1995; Silva 2010.

<sup>185</sup> Becker 1997a, 1997b.

<sup>186</sup> Campbell 2004.

<sup>187</sup> Becker 1997a.

<sup>188</sup> Brugnoli y Hoces 1995; Navarro y Aldunate 2002.

<sup>189</sup> Benavente 1985.

<sup>190</sup> Quiroz 2003; Fuentes 2010.

<sup>191</sup> Contreras *et al.* 2005; Massone 2005; Rojas y Cardemil 1995; Sánchez *et al.* 2004; Silva 2010; Campbell 2011; Roa *et al.* 2014.

<sup>192</sup> Silva 2010: 1287.

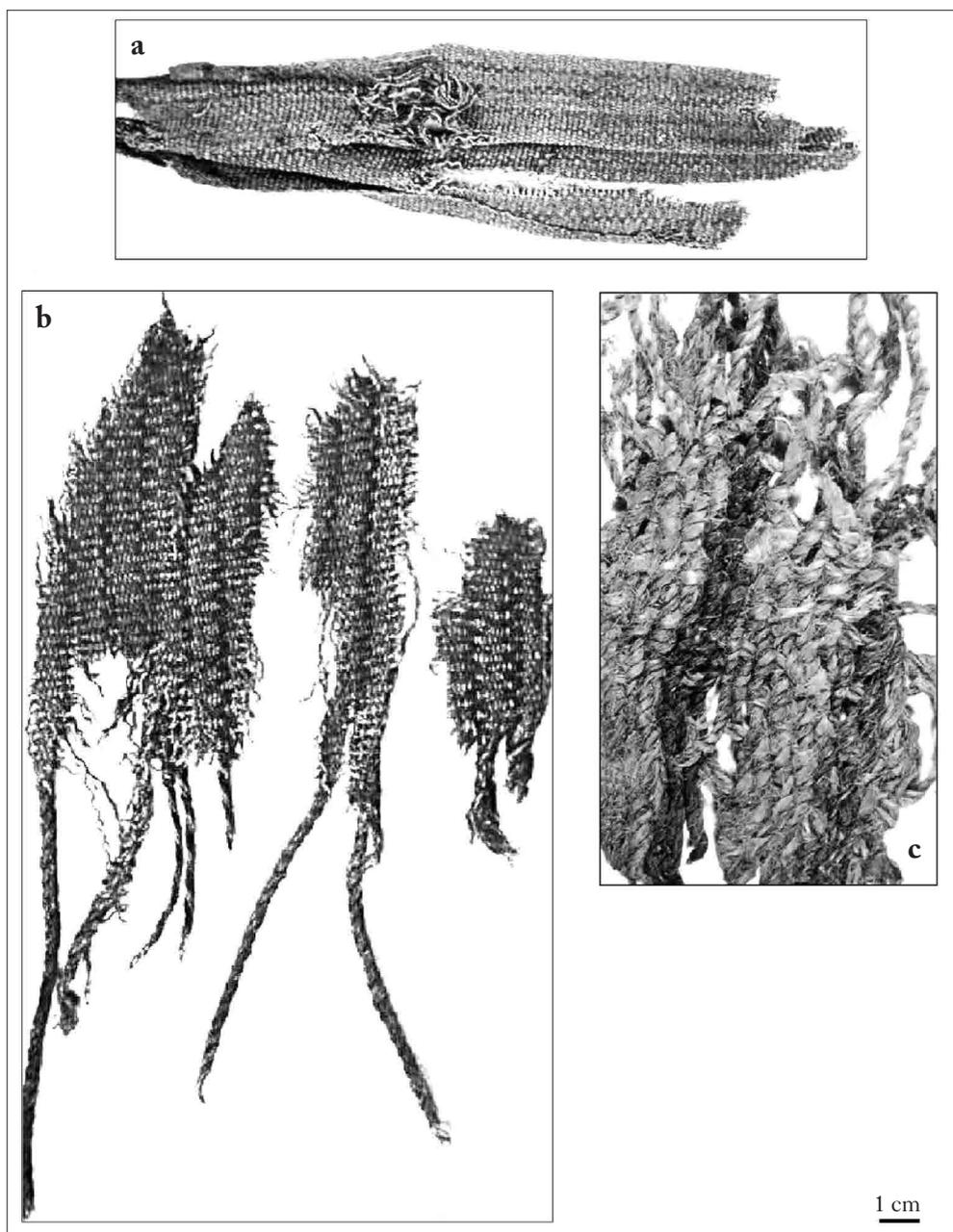
<sup>193</sup> Campbell 2004.

<sup>194</sup> Bullock 1955, 1970.

<sup>195</sup> Dillehay 1986, 2011; Dillehay y Saavedra 2003, 2010.

<sup>196</sup> Brugnoli y Hoces 1995; Navarro y Aldunate 2002.

<sup>197</sup> Adán y Mera 1997b.



*Figura 9. Fragmentos textiles del sitio Alboyanco, Angol, complejo El Vergel. a) Fragmento de faja femenina; b) Detalle de flecos de faja femenina; y c) Detalle de faja*  
(Fuente: Brugnoli y Hoces 1995).

Los hallazgos en la zona de Angol realizados por Bullock darían cuenta de una gran concentración poblacional en un sector caracterizado hasta nuestros días por su gran productividad agrícola. En relación con la distribución cronológica de las urnas, dataciones absolutas indican su permanencia desde ca. 1.200 d.C., documentada en el sitio Fundo San Jorge Cancura en las inmediaciones de Angol, otra también en Angol hacia el año 1.350 d.C., mientras que

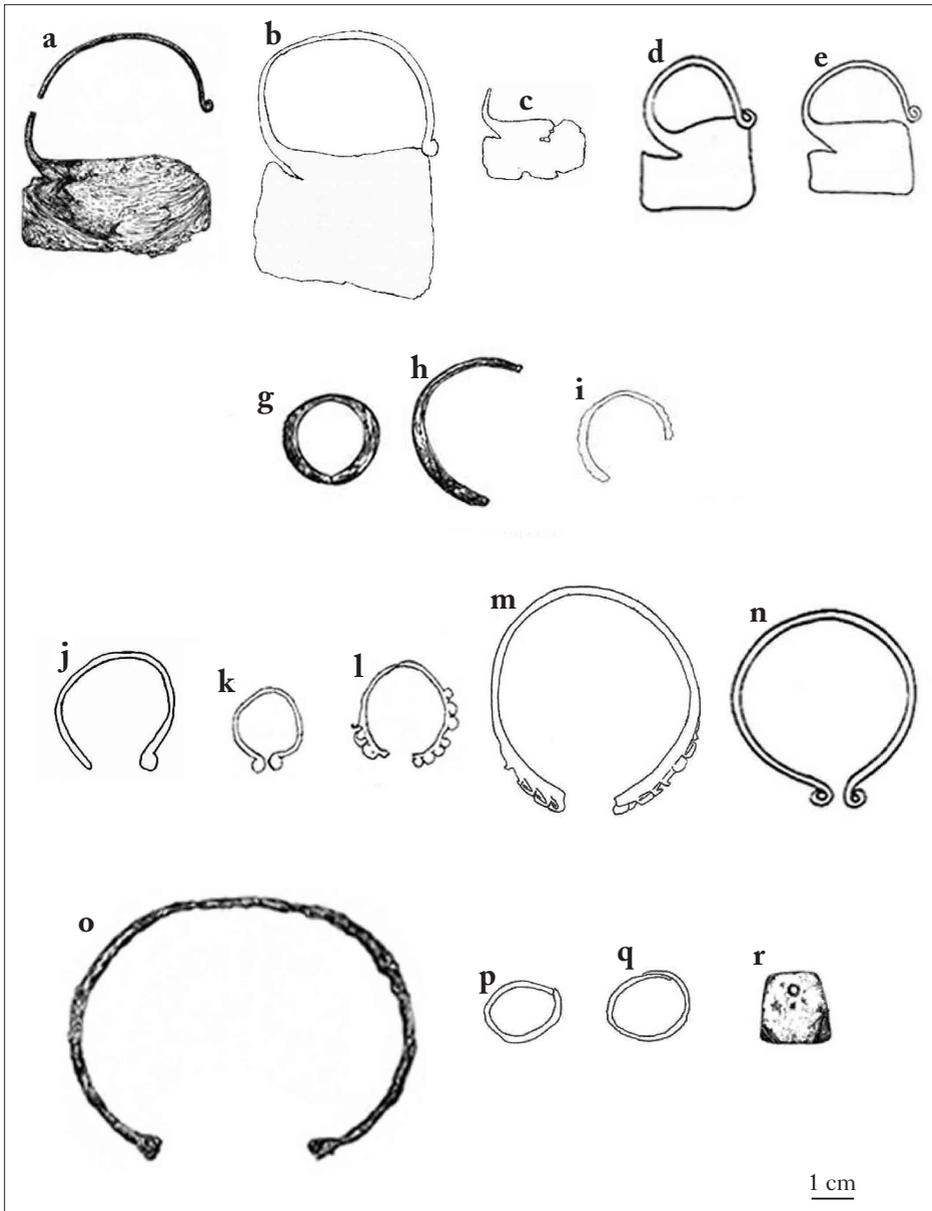


Figura 10. Piezas metálicas del complejo El Vergel. a-e) Aros cuadrangulares con muesca; g- i) Aros circulares planos; j-l) Aros circulares simples; m-n) Aros circulares simples-pulseras; o) Pulsera; p-q) Anillos; r) Pendiente (Fuente: Campbell 2004; Campbell 2015).

para la zona del Cautín se conocen las dataciones de Padre Las Casas<sup>198</sup> y Santa Elvira, entre los años 1.250 y 1.350 d.C. La más tardía hasta la fecha corresponde a una de Llenquehue en las inmediaciones de Cañete datada alrededor del año 1.550 d.C., que señala la vigencia de esta práctica funeraria al momento de la llegada de los españoles, aunque hasta ahora no se

<sup>198</sup> Gordon 1978.

han encontrado registros de esta modalidad fúnebre en la documentación colonial<sup>199</sup>. La evidencia de huellas de uso en estas piezas da cuenta de su uso en contextos domésticos como grandes contenedores y su redestino a un uso fúnebre, recicladas mediante cuidadosas reparaciones. El uso doméstico de estos grandes contenedores ha quedado demostrado en el análisis alfarero del sitio P-31-1 en Isla Mocha<sup>200</sup>. La adopción de esta singular tecnología ha sido motivo para ensayar vínculos respecto de otras áreas andinas y amazónicas<sup>201</sup>. Lo cierto es que el conocimiento técnico que requiere su manufactura, evidentemente local a juzgar por las observaciones de pasta, requiere de una compleja “ingeniería de la pieza”<sup>202</sup> no manejada con anterioridad. Las implicancias simbólicas, tecnológicas y económicas de estas formidables piezas apenas han sido esbozadas.

La ocupación en los valles de Purén-Lumaco, en cambio, ha sido objeto de significativos estudios de campo. Si bien podría analogarse a los desarrollos de la zona de Angol, la existencia de la amplia ciénaga, una inmensa laguna, inclusive navegable como está documentada en información histórica, marca una sustancial diferencia. Adicionalmente los cuatro *ayllarewe*<sup>203</sup> o provincias que conformarían el llamado Estado de Arauco<sup>204</sup> integran Angolmo u Ongolmo en el *ayllarewe* de Tucapel, y Purén en el *ayllarewe* homónimo<sup>205</sup>, reconocidos desde el punto de vista hispano como fundamentales para mantener el territorio conectado hacia las ciudades meridionales. Si bien es evidente el intercambio y relaciones existentes entre estas diferentes provincias, como el interés hispano por categorizarlas, lo es también la indicación de relaciones culturales y unidades diferenciadas. Todo lo anterior apunta a la necesidad de mantener una mirada en la complejidad social y territorial de estos periodos.

Uno de los rasgos más diagnósticos de la arqueología de la zona de Purén-Lumaco fue el reconocimiento de grandes montículos o *kueles*<sup>206</sup>. De los cerca de 500 asentamientos reconocidos en el valle, 300 corresponden a este tipo de asentamientos, coexistiendo con asentamientos habitacionales, agrícolas, y fortificaciones<sup>207</sup>. Se emplazarían en disímiles niveles de concentración, haciéndose más abundantes los *rehuekuel* o conjunto de *kueles* en los momen-

<sup>199</sup> Adán 2014.

<sup>200</sup> Sánchez M. 1997.

<sup>201</sup> Menghin 1959-60; Bullock 1955, 1970.

<sup>202</sup> Alvarado 2000b.

<sup>203</sup> La voz *ayllarewe* significa nueve *rewe* y corresponde a una denominación política territorial que comienza a usarse en la documentación hispana a partir de 1593. Se trata de un agregado social que se configuraría para momentos y objetivos bélicos, el cual, de acuerdo con algunos investigadores, tendría una profundidad histórica identificable en las primeras décadas de la invasión hispana (Cfr. Silva 1984, 2005: 41-50; Boccara 2007: 104-111, 117; Foerster 2004: 55).

<sup>204</sup> El término “Estado de Arauco” se usó a partir del siglo XVI en diversos documentos y escritos hispanos para designar al territorio y poblaciones comprendidas en la costa de Arauco a Tirúa y regiones interiores, al oriente de la cordillera de Nahuelbuta, entre el Biobío y la zona de Purén. Dicho Estado a su vez se encontraba integrado por las provincias o *ayllarewe* de Arauco, Catiray, Tucapel y Purén. Tal designación se correspondería con las tierras que Pedro de Valdivia se habría reservado para su propio provecho como encomienda y sus intereses señoriales (cfr. Rosales 1989 [1674]: 413). De acuerdo con Medina (1974-75) ello se correspondería con una denominación y creación hispana, asunto que ya ha sido bien rebatido por diversos estudios que señalan la existencia de una territorialidad nativa sobre la que se asienta el dominio español (Cfr. Goicovich 2002; Boccara 2007; Zavala y Dillehay 2010). De acuerdo con Zavala y Dillehay, las tierras del Estado designan “al menos desde mediados del siglo XVI, a un gran espacio geográfico constituido en torno a la cordillera de Nahuelbuta donde operaba un sistema de alianzas de unidades político-territoriales claramente distinguibles por su capacidad de resistencia y dinamismo; se trataba de una suerte de federación de valles que se interconectaban a través de la cordillera y que, en ciertas ocasiones, actuaba conjuntamente en acciones militares o de negociación con los nuevos invasores” (Zavala y Dillehay 2010: 435).

<sup>205</sup> Zavala y Dillehay 2010: 442.

<sup>206</sup> Dillehay 1986, 2011; Dillehay y Saavedra 2010.

<sup>207</sup> Dillehay 2011; Dillehay y Saavedra 2010.

tos más tardíos, indicación de la concentración de poder político en asociaciones de linajes<sup>208</sup>. Constituirían una singular expresión del monumentalismo araucano de tiempos prehispánicos, que articularía y definiría un paisaje monumental y sagrado en que estos elementos tendrían funciones de congregación social, actuarían como hitos rituales y geográficos ordenadores, además de haber sido consagrados también como lugar de enterramiento para ciertos individuos. Este mapa o plan territorial representaría en forma material una utopía social y religiosa que reforzaría un sentido de unidad grupal o “compatriotismo”<sup>209</sup>.

Se han documentado áreas agrícolas en asociación a estos montículos para el valle Purén-Lumaco, y otras en la costa del Imperial y el lago Budi. En el caso de Purén-Lumaco estas plataformas, datadas alrededor de los años 1.200 y 1.500 d.C., han sido descritas con longitudes o diámetros entre los 8 y los 20 m y alturas entre medio y un metro. Los registros arqueobotánicos han documentado maíz, quínoa, madi y poáceas<sup>210</sup>.

En el caso de las ocupaciones lacustres y cordilleranas, el registro del Periodo Alfarero Tardío es más fragmentario. En la zona de los lagos Calafquén y Villarrica diferentes asentamientos han documentado cerámica bicroma cuya filiación a Vergel o Valdivia resulta muy difícil de aclarar por la naturaleza de la muestra, con dataciones que oscilan entre los siglos XIII y XV d.C.<sup>211</sup>. En cualquier caso es evidente que esta cerámica está presente en los lagos desde momentos prehispánicos. Los asentamientos habitacionales aumentan su envergadura en relación con los momentos más tempranos de las mismas localidades, sin embargo distan mucho de los vastos espacios domésticos documentados para la costa y los valles interiores de la Araucanía Septentrional, lo que ha permitido plantear que estas poblaciones contarían con un sistema de asentamiento singular a dichos territorios, mantendrían prácticas económicas propias de los momentos previos, y evidentemente otras esferas de interacción relacionadas con regiones transandinas<sup>212</sup>. La presencia de sitios de alero con arte rupestre en rutas de circulación como el sitio Renahue-2, al este del lago Caburgua, fechado hacia el 1.350 d.C., evidencia vínculos con las regiones transandinas y meridionales, con manifestaciones rupestres vinculadas en parte al estilo Modalidad Boscosa Lacustre Cordillerana, o variedad regional del Estilo Grecas<sup>213</sup>. Otros aleros emplazados en sectores altos como el sitio Cabeza de Indio-1 en Lonquimay dan cuenta de ocupaciones cercanas y asociadas a pinalerías andinas, el manejo de materias primas líticas de alta calidad y una amplia variedad formal en la confección de proyectiles. Se ha registrado además una mayor ocurrencia de cerámica con estriamiento anular o acanalada, configurando un conjunto más apreciado y empleado en tierras altas<sup>214</sup>.

La cuenca del río Valdivia es la porción más meridional objeto de una primera sistematización de los desarrollos culturales durante este periodo. Junto con las evidencias detectadas para el lago Calafquén, en el valle, asociado a los ríos San Pedro y Cruces se han identificado diversos sitios y colecciones de cerámica Valdivia o fragmentos bicromos, pero sin dataciones rigurosas que aseguren su filiación pre o post hispánica<sup>215</sup>. Recientes prospecciones en torno al Castillo San Luis de Alba de Cruces señalan una importante densidad de sitios arqueo-

<sup>208</sup> Dillehay y Saavedra 2010.

<sup>209</sup> Dillehay 2011.

<sup>210</sup> Dillehay *et al.* 2007.

<sup>211</sup> Reyes *et al.* 2003-2004; Becerra y Reyes 2005; Reyes 2010.

<sup>212</sup> Adán *et al.* 2003; Becerra y Reyes 2005; Reyes V. 2010; Mera *et al.* 2010.

<sup>213</sup> Castelleti 2007b; Podestá *et al.* 2008; Belleli *et al.* 2008.

<sup>214</sup> García 2009.

<sup>215</sup> Adán *et al.* 2005; Adán, Mera, Bahamondes y Donoso 2007.

lógicos cercanos al valle de la Mariquina, emplazamiento relevante en las fuentes históricas sobre las primeras ocupaciones hispanas. En las inmediaciones de la ciudad de Valdivia se ubica el cementerio Las Mulatas-1 con piezas Valdivia no datadas, mientras que el conjunto de sitios emplazados en la zona de Paillao documenta ocupaciones entre el siglo XII e inicios del siglo XVIII d.C., asociadas a un entorno de humedales<sup>216</sup>. Para la costa se han reportado ocupaciones correspondientes a estos periodos entre Maiquillahue y Chan Chan, con el sitio Chan Chan 1 datado hacia el año 1.400 d.C.<sup>217</sup>, Morro Gonzalo-1 y alero Morro Gonzalo-1 con dataciones entre los años 950 d.C. y 1.400 d.C., en la zona de desembocadura del río Valdivia<sup>218</sup>, como también al sur de Chaihuín en las playas de Colún<sup>219</sup>.

El panorama descrito da cuenta de la diversidad cultural propia del Periodo Alfarero Tardío, que hace evidente la necesidad de entender los diferentes desarrollos en sus particularidades no solo ecológicas sino también sociales y políticas en el contexto de redes de interacción.

## 5.2. *El sistema de asentamiento y su variabilidad*

Una de las posibilidades analíticas que ha abierto el estudio del Periodo Alfarero Tardío es la identificación de un conjunto diversificado de sitios ocupados. Con mayor o menor profundidad, las diversas zonas documentan la existencia contemporánea de diferentes clases de asentamientos que incluyen espacios domésticos, aleros u otros reparos rocosos, cementerios, campamentos de tareas específicas, áreas de congregación social y ritual, y espacios productivos agrícolas. La integración de la información arqueológica e histórica ha abierto también una línea de análisis fructífera<sup>220</sup>.

Un significativo aporte de esta mirada integrada del patrón de asentamiento ha sido la discusión de cierta imagen histórica, o más bien una lectura muy precaria de las fuentes históricas por parte de la arqueología, que indicaba la ausencia de nucleamientos poblacionales y señalaba en vez un patrón regularmente disperso. En la actualidad es evidente que ciertas áreas en la costa de Arauco, en las islas Mocha y Santa María, en el valle de Purén, probablemente en Angol, en el curso medio del Cautín, y en parte de las primeras plazas urbanas hispanas como Valdivia y Osorno, fueron intensamente ocupadas en un patrón no aglutinado pero similar a otras formaciones aldeanas o protoaldeanas extendidas en zonas boscosas<sup>221</sup>, en las que los ejes fluviales y cursos de agua conectados tienen un significativo rol en la articulación espacial<sup>222</sup>. Si bien aún son escasos, existen significativos registros de espacios domésticos y unidades de vivienda del Alfarero Tardío. En Isla Mocha el sitio P-31-1 con una superficie de 12.000 m<sup>2</sup>, evidencia un conjunto doméstico complejo, con diversidad de materiales culturales que incluyen también turba con improntas vegetales que bien podrían corresponder a restos de muros<sup>223</sup>. En el Cautín el sitio Km 0-Enlace Temuco muestra un área de habitación en que fueron encontrados hoyos de poste y fogones, junto con cerámica do-

<sup>216</sup> Urbina *et al.* 2012.

<sup>217</sup> Navarro y Pino 1995.

<sup>218</sup> Adán, Mera, Bahamondes y Donoso 2007.

<sup>219</sup> Godoy y Adán 2006; Adán, Mera, Bahamondes y Donoso 2007.

<sup>220</sup> Castro y Adán 2001; Dillehay 2011; Campbell 2011; Adán 2014.

<sup>221</sup> Cfr. Heckenberger *et al.* 1999; Góes Neves 2007.

<sup>222</sup> Respecto de la relevancia y rol de la navegación ver Bengoa 2003; Carabias *et al.* 2010; Lira 2009; Lira *et al.* 2012.

<sup>223</sup> Sánchez M. 1997; Quiroz 2003.

méstica y decorada, fechado alrededor del año 1.450 d.C.<sup>224</sup>. En la isla Santa María la variabilidad de los sitios abiertos habitacionales ha permitido sugerir la existencia de campamentos de tareas específicas junto a asentamientos mayores de carácter más estable<sup>225</sup>.

La diversidad en las prácticas funerarias es otro aspecto característico de estos periodos<sup>226</sup> que marca una diferencia con los cementerios congregados de los portadores de cerámica Pitrén que subsisten al menos hasta el año 1.000 d.C. en sitios como el homónimo Pitrén y Los Lagos-1. Esta diversidad avala la idea de coexistencia de nuevas identidades y la necesidad de expresarlas y fortalecerlas en los espacios fúnebres; los cementerios se acotan y algunas vasijas decoradas se hacen más visibles. En el caso de las urnas, y dada su distribución, aisladas o en grupos de hasta 3 piezas, se ha supuesto corresponderían a unidades familiares y se encontrarían en las inmediaciones de los sectores habitados<sup>227</sup>. En el cementerio La Candelaria, con ofrendas de piezas tricomas y bicomas se habrían dispuesto cerca de 10 o 12 cuerpos, y es previsible su cercanía a espacios domésticos<sup>228</sup>. El uso de canoas funerarias, extendido ya en el siglo XVII como se documenta en las fuentes históricas<sup>229</sup>, fue registrado en Padre Las Casas para algún momento alrededor del año 1.350 d.C. y no ha sido nuevamente estudiado en sitios de data prehispánica. El caso de las cistas no ha sido fehacientemente documentado como una modalidad prehispánica; en Ralipitra-1 y Deuco-1 y Deuco-2 aparecen asociados a materiales coloniales e inclusive republicanos, coexistiendo el primero con la modalidad de los *trolof* o canoas funerarias<sup>230</sup>.

La evidencia de fuertes o fortines prehispánicos constituye otra temática que amerita mayores estudios. La información histórica<sup>231</sup> da cuenta del temprano uso de este tipo de sitios o lugares protegidos, casi inmediatamente llegados los españoles a Arauco y La Imperial. A su vez, las dataciones existentes señalan algunos de estos asentamientos como ocupados en momentos prehispánicos, aunque la mayor cantidad de fechados son post hispánicos<sup>232</sup>. Asentamientos de este tipo han sido documentados en gran parte del área Centro-Sur y su estudio resulta absolutamente fundamental para abordar la profundidad temporal de las guerras rituales o tribales descritas para tiempos históricos (Figura 11)<sup>233</sup>.

### 5.3. Relaciones culturales y complejidad social

Una perspectiva interpretativa en el estudio de este periodo ha sido el asunto de la andinización de las poblaciones locales y, vinculado con ello, sin tratarse en rigor de la misma temática, los elementos y rasgos incásicos posibles de identificar en el registro material. La perspectiva desarrollada por los historiadores generales de Chile de fines del siglo XIX, José Toribio Medina y Diego Barros Arana<sup>234</sup>, fija, con diferentes énfasis, la idea del influjo inca como el agente

<sup>224</sup> Ocampo *et al.* 2004.

<sup>225</sup> Massone 2005.

<sup>226</sup> Aldunate 1989; Inostroza 1981.

<sup>227</sup> Bullock 1955, 1970.

<sup>228</sup> Bahamondes *et al.* 2006.

<sup>229</sup> Rosales 1989[1674].

<sup>230</sup> Valdés *et al.* 1985; Inostroza y Sánchez 1985.

<sup>231</sup> Vivar 1979.

<sup>232</sup> Mera *et al.* 2004.

<sup>233</sup> León 1989a.

<sup>234</sup> Medina 1882; Barros Arana 2000[1884].

civilizador de los pueblos de Chile, tesis que será luego discutida por Latcham<sup>235</sup>. Esta posibilidad de vincular el sur de Chile con la zona andina es tratada posteriormente por Cooper, Steward y Faron y Menghin<sup>236</sup>, entre otros. Tal posición cristaliza en la Arqueología de la América Andina de Lumbreras y su inclusión del Centro-Sur en el área Extremo Sur Andina<sup>237</sup>, posición que es con posterioridad reevaluada por el autor enfatizando que el área Extremo Sur Andina tendría condiciones de existencia y desarrollo distintas de las que rigen la vida andina, pese a los fuertes vínculos con las áreas nucleares y sus logros<sup>238</sup>. Las proposiciones de Aldunate<sup>239</sup> y Dillehay<sup>240</sup> ampliaron esta perspectiva filiendo las culturas a las características propias de los desarrollos formativos andinos, y han sido actualizadas en sus trabajos posteriores<sup>241</sup>.

Los estudios sistemáticos recientes que han tratado la temática de la andinización se han enfocado en los estudios cerámicos<sup>242</sup>, en la aparición o adopción de ciertas tecnologías o prácticas económicas<sup>243</sup>, como en la articulación de un simbolismo asociado a la construcción de un paisaje y un tipo particular de estructura política<sup>244</sup>. La definición del proceso de andinización supone influencias andinas y amazónicas en la organización espacial y política, la creación de espacios religiosos y políticos, los mitos, como también su expresión en el arte e iconografía de la cerámica y los textiles<sup>245</sup>. En el caso de los diseños decorativos cerámicos se ha propuesto que ellos representarían vínculos estilísticos más estrechos con Aconcagua y Diaguita y la participación del Centro-Sur de Chile en un área de cotradición Meridional Andina<sup>246</sup>. Tales vínculos, por tanto, se desarrollarían desde momentos previos al incanato, desde el siglo XI en adelante y estarían expresados en los cambios que incorpora el complejo El Vergel. Tales innovaciones e influencias se expresarían disímilmente en el vasto territorio mapuche, postulándose la zona del Biobío como un área de significativa interdigitación cultural<sup>247</sup>. A su vez, la incorporación de tecnologías agrícolas y ciertos cultivos ha sido entendida hipotéticamente como parte del proceso de migración centro y sur andina<sup>248</sup>.

Otras perspectivas, en cambio, han desistido de entender los desarrollos culturales regionales como un epifenómeno del área central andina, sino más bien enfatizar el papel y recorrido de los desarrollos locales<sup>249</sup>. La participación de la zona Centro-Sur en un territorio conectado culturalmente hacia el norte es un hecho cierto al menos desde el Alfarero Temprano, como también la evidencia de un horizonte de cerámica pintada preincaica, ya planteada por Latcham<sup>250</sup>. Su relación y participación con los desarrollos meridionales y transandinos es también otra mirada espacial posible que pugna igualmente por su posición bajo la definición de la Patagonia Septentrional. Las perspectivas analíticas que se han distancia-

<sup>235</sup> Latcham 1924.

<sup>236</sup> Cooper 1946; Steward y Faron 1959; Menghin 1959-60.

<sup>237</sup> Lumbreras 1981.

<sup>238</sup> Lumbreras 1999.

<sup>239</sup> Aldunate 1989.

<sup>240</sup> Dillehay 1990a, 1990b.

<sup>241</sup> Aldunate 2005; Dillehay *et al.* 2007, 2011; Navarro y Aldunate 2002.

<sup>242</sup> Bahamondes *et al.* 2006; Bahamondes 2009, 2010a.

<sup>243</sup> Campbell 2004; Dillehay *et al.* 2007.

<sup>244</sup> Dillehay 2011.

<sup>245</sup> Dillehay 2011.

<sup>246</sup> Bahamondes 2009.

<sup>247</sup> Bahamondes *et al.* 2006.

<sup>248</sup> Dillehay *et al.* 2007.

<sup>249</sup> Cfr. Adán 2014.

<sup>250</sup> Latcham 1928b.

do del asunto de lo andino discrepan de la idea de considerar las sociedades locales como meros receptores de influencias o rasgos culturales mayormente definidos en las áreas nucleares, así como de la necesaria invocación de lo andino para la definición de la complejidad.

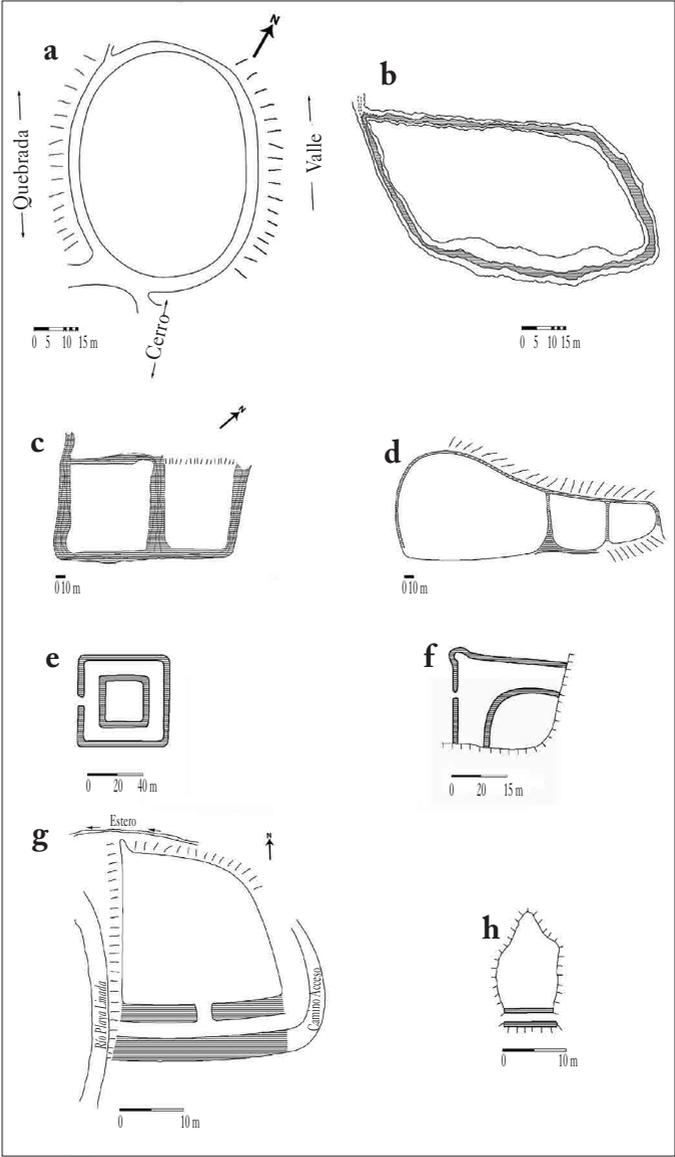


Figura 11. Plantas de fortificaciones: a-b) Fuertes de planta irregular u oval de fosado simple: plantas de los fuertes de Puraquina y Coique respectivamente; c-d) Fuertes de plantas compuestas adosadas de dos o más recintos: plantas de los fuertes de Arquihue y Los Raulí; e-f) fuertes con fosados dobles concéntricos: plantas de los fuertes Pucura y Pitrén; g-h) Fuertes con fosados dobles y plantas irregulares: plantas de los fuertes de El Recinto y Panki (Fuente: Harcha et al. 1985; Saavedra y Sanzana 1991; Mera et al. 2004; Adán 2014).

La influencia o presencia incaica, en específico, ha sido también analizada para comprender ciertas expresiones materiales e inmateriales de las sociedades prehispánicas locales. El apoyo de estudios lingüísticos respecto de las numerosas palabras de origen quechua identificables en el mapudungun ha sido un argumento importante<sup>251</sup>. Siguiendo las fuentes históricas, en general se asume el Maule como la frontera meridional de la expansión incaica<sup>252</sup>, aunque ciertos autores como Hyslop se muestran reacios a aceptar esta dispersión tan austral<sup>253</sup>. De acuerdo con Dillehay y Gordon<sup>254</sup>, la Araucanía habría sido el lugar de una frontera geoeconómica inclusiva en que esta expansión habría tomado la forma de un archipiélago de varias actividades estatales dispersas. Adicionalmente, el tema de la presencia de rasgos incaicos hace necesario resolver, tal como lo ha planteado Silva, si dicha dispersión de elementos es de momentos pre o post hispánicos, ya que desde la incursión de los primeros capitanes las huestes hispanas fueron acompañadas de poblaciones septentrionales<sup>255</sup>.

En otra línea, nuevos contactos y nuevos problemas de investigación son los que formulan las evidencias del contacto polinésico con la Región de la Araucanía, articulándose en problemas de investigación que comienzan a ser explorados<sup>256</sup>. Una de las evidencias concretas con las que se cuenta al respecto es la presencia de gallina con ADN polinésico en el sitio El Arenal 1<sup>257</sup>, con fechas que ubican a esta especie alrededor del año 1.450 d.C. Lo anterior sería expresión de una modalidad de contacto y un nivel de impacto en los desarrollos locales aún no precisados.

## 6. Persistencias, conflictos y transformaciones: arqueología histórica e interculturalidad

El estudio de las sociedades originarias de base prehispánica y su desenvolvimiento en la sociedad colonial es una temática que comienza a ser explorada de manera más sistemática mediante proyectos especialmente dirigidos a ella. La perspectiva teórica e histórica que subyace a estos trabajos se enfoca al estudio de la continuidad, modificaciones, adopciones y rupturas que comprometen a las sociedades locales con el arribo español, intentando superar el quiebre cronológico y disciplinario que se fija hacia el año 1.550 d.C. Tales perspectivas se han enmarcado en el estudio de la situación de frontera del territorio al sur del Biobío, o bien desde la perspectiva de las relaciones interétnicas o interculturales<sup>258</sup>, abocadas a la comprensión de las estrategias de resistencia o resiliencia.

El asunto de la cerámica pintada, ya lo hemos visto, constituye una línea que ha sido explorada y que indudablemente requerirá nuevos aportes en lo referido a los estilos Valdivia, Ranco y otros (Figura 8)<sup>259</sup>. Otro conjunto amplio de estudios se ha referido a dife-

<sup>251</sup> Dillehay y Gordon 1988.

<sup>252</sup> Silva 1985.

<sup>253</sup> Hyslop 1998.

<sup>254</sup> Dillehay y Gordon 1988.

<sup>255</sup> Silva 1985.

<sup>256</sup> Ramírez 2010; Storey *et al.* 2007, 2008.

<sup>257</sup> Storey *et al.* 2007, 2008.

<sup>258</sup> Villalobos 1982, 1995; Föerster y Vergara 1996; Boccara 2005, 2007.

<sup>259</sup> Franco 1960; Adán *et al.* 2005; Bahamondes 2009.

rentes categorías de asentamiento indígena, sus características y transformaciones. Uno de ellos ha sido la investigación de fortificaciones indígenas o hispano-indígenas cuya situación prehispánica requiere mejor definición, como también el rol que juegan en el sistema global del asentamiento en el periodo post hispánico y su articulación con los procesos históricos de las diferentes regiones<sup>260</sup>. El conjunto doméstico y su sistema han sido analizados integrando fuentes históricas y arqueológicas, mientras que la temática de los conjuntos domésticos y sus distintos niveles de aglutinamiento discuten la homogeneizante visión del patrón exclusivamente disperso del asentamiento mapuche<sup>261</sup>. Igualmente el conjunto de cementerios de periodos coloniales o republicanos excavados ha provisto valiosa información que requiere mayor integración<sup>262</sup>. Los asentamientos hispanos como los castillos, fuertes y, en algunos casos, futuras ciudades republicanas comienzan a ser objeto de miradas arqueológicas enfocadas en temáticas diversas como las formas de dominio hispano, el desarrollo de cierto urbanismo, los procesos de industrialización, y también la interacción de las sociedades indígenas con estas nuevas formas de usar el espacio<sup>263</sup>. El estudio de los significativos espacios de juntas, parlas o parlamentos desde un punto de vista histórico como arqueológico abre la posibilidad de entenderlos como instituciones híbridas y transculturales<sup>264</sup>. La Casa Fuerte Santa Sylvia, reevaluada recientemente, se plantea como un buen ejemplo para entender las formas de resiliencia de la cultura mapuche en un sector cordillerano que no habría sido durante los siglos coloniales objeto de contacto persistente con la avanzada hispana<sup>265</sup>.

Muchas de estas investigaciones se han desarrollado enmarcadas en proyectos de gestión y puesta en valor, lo que ha estimulado el desarrollo de perspectivas arqueológicas más aplicadas referidas al catastro, planeamiento y estrategias de valoración del profuso patrimonio arqueológico de estas regiones<sup>266</sup>. Los recursos arqueológicos y la historia que ellos han permitido construir constituyen motivo de interés ya no solo de especialistas, ampliándose su apropiación y resignificación por parte de comunidades interesadas, organismos públicos y privados, así como su integración en proyectos acotados y políticas territoriales. Consecuentemente, la arqueología del área tiene que, entre sus desafíos futuros, contribuir al desarrollo cultural local con conocimientos sobre la diversidad cultural y complejidad de los procesos históricos del pasado prehispánico, colonial y republicano, como la participación de estos en procesos regionales y globales.

<sup>260</sup> Gordon 1985b; Harcha *et al.* 1985, 1999; Vidal *et al.* 1986; Saavedra y Sanzana 1991; Mera *et al.* 2004; León 1989a; Adán 2014.

<sup>261</sup> Castro y Adán 2001; Campbell 2011; Adán 2014.

<sup>262</sup> Van de Maele 1968; Gordon *et al.* 1972-73; Gordon 1975; Inostroza 1985; Sánchez *et al.* 1985.

<sup>263</sup> Van de Maele 1968; Harcha *et al.* 1985; Mera *et al.* 2004; Urbina *et al.* 2012; Urbina y Adán 2013; Sauer 2012.

<sup>264</sup> Zavala 2011; Zavala y Dillehay 2010.

<sup>265</sup> Sauer 2012.

<sup>266</sup> Cfr. Munita *et al.* 2013.